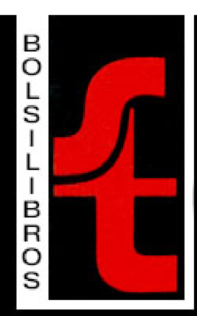


Selección

TERROR

TOQUE DE DIFUNTOS

CURTIS GARLAND

Di unos pasos vacilantes hacia el otro féretro. No quería pensarlo, pero algo me decía que iba a encontrarme con otra espantosa sorpresa. Después de aquélla, ¿qué otra podía haber más fuerte? La sola idea de que fuesen *dos* los difuntos y que el primero fuese el que yo había visto cara a cara con toda nitidez, me hacía pensar algo delirante, inverosímil, aterrador…

Porque acababa de contemplar, en el primer ataúd…, *el cadáver de Margie Court*, mi extraña compañera de aquella noche de peripecias inquietantes en un lugar llamado Landsbury.

Era ella. Ella misma. Idéntica. Como una hermana gemela, pero terriblemente pálida, sobre el fondo de raso púrpura, manchado de rojo bajo su nuca. Rojo de sangre…

El segundo féretro sólo podía contener…

Grité con voz ahogada, retrocedí, lleno de espanto e incredulidad.

—¡Nooo! —aullé—. ¡Ése… es MI CADÁVER!

—Sí, señor Clemens —dijo calmosamente el desconocido de negros ropajes, erguido ante el altar de la desierta iglesia—. Ése es su cadáver… Aquí, en Landsbury…, TODOS ESTAMOS MUERTOS…



Curtis Garland

Toque de difuntos

Bolsilibros: Selección Terror - 65

ePub r1.0
liete 17.12.14

Título original: *Toque de difuntos*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

PRIMERA PARTE

LANDSBURY

CAPÍTULO PRIMERO

Nunca supe cómo empezó.

Posiblemente fue cuando sentí la niebla delante de mí.

Cuando la noche se hizo más oscura e insondable. Cuando me sentí perdido en la carretera secundaria que jamás había recorrido antes.

Tal vez fue entonces. Pero nunca estaré seguro de ello. Nunca podré saber cuál fue el momento en que la realidad quedó atrás, y me sumergí en la pesadilla sin fin ni principio, sin límites ni contornos. Como el paisaje nocturno y desconocido, dentro de la densa niebla de una noche demasiado tenebrosa. En un lugar qué me era desconocido y que nunca anteriormente había recorrido.

Un sendero y un paraje que, seguramente, nunca más volveré a recorrer…

Lo cierto es que el principio mismo no cuenta demasiado. Si es que tuvo un principio, cosa que dudo mucho. Los límites de la realidad, cuando dejan de perfilarse para hundirle a uno en un mundo enloquecedor, donde las cosas no son como deben ser, creo que se confunden con la niebla misma de lo que no tiene principio ni fin, de todo aquello que se pierde en las brumas alucinantes de lo que no puede suceder en modo alguno. Y que, sin embargo, está sucediendo, contra toda lógica…

No. No importa cuándo ni cómo empezó.

Lo cierto es que sucedió. Que estaba sucediendo, a medida que conducía, cada vez con mayor dificultad, sin que los faros de mi automóvil lograsen perforar las tinieblas y la bruma de la noche.

A medida que me adentraba en aquella dimensión terrible e ignota hacia la que mi destino me precipitaba, en un apoteosis de horror y de angustia sin límites.

A medida que todo lo conocido, todo lo razonable, todo lo tangible, se quedaba atrás. A mi espalda. En algún lugar de la

noche…

* * *

Parecía haber transcurrido una eternidad desde que viera el indicador de carretera, con su flecha fluorescente en la oscuridad:

Desvío obligatorio, por obras

Seguí el desvío. No podía hacer otra cosa, después de todo.

Lo extraño es que la carretera no volvía a su trazado habitual. El desvío continuaba durante millas y millas. Y como si se hundiera en una sima profunda, por debajo del paisaje oscuro, sin brumas, empezó la niebla.

Nunca vi una niebla igual.

Los faros del automóvil, pese a ser los de luz especial para tales casos, fueron pronto completamente inútiles. La luz amarilla no penetraba ni siquiera unas pocas yardas en la espesa y húmeda viscosidad que me rodeaba por doquier, difuminando los contornos de la desconocida ruta vecinal.

Ignoraba por completo si me encontraba en una región llana o montañosa, boscosa o sin vegetación. Más allá del reducido campo de acción de mis faros, la visibilidad era totalmente nula.

Más por instinto que por otra cosa, no me salía de la carretera. Difusas, borrosas formas oscuras, parecían delimitar un sendero estrecho, abrupto y mal pavimentado, y me guiaba por esos leves indicios para no irme a alguna zanja, con fatales consecuencias.

Maldije entre dientes, forzando al máximo las precauciones, y conduciendo a no mucho más de unas pocas millas a la hora, la vista intentando en vano taladrar aquello que la propia luz era incapaz de perforar.

Un sudor frío y pegajoso como podía serlo la propia niebla que me envolvía, iba empapando mi rostro, mis cabellos y mis manos, haciendo que éstas resbalasen, inseguras, por el aro negro del volante de mi coche.

Finalmente, comprendí que era imposible continuar. Había llegado al límite de mi resistencia. La bruma, espesándose más y

más por momentos, era un auténtico amasijo gris, denso y adhesivo, que envolvía por completo al automóvil, borrando cuanto pudiera haber más allá, hasta el punto de parecer que avanzase totalmente a ciegas, con los ojos vendados.

La posibilidad de que pudiera terminar en un barranco, despertándome fatalmente a un lugar en el que nadie llegase jamás a prestarme la menor ayuda, me aconsejó prudentemente reducir la marcha hasta hacerla prácticamente nula. Y pensé en detenerme, fuese donde fuese, a esperar que aquella maldita niebla se despejara de una vez.

La idea fue un poco tardía, pero quizá me salvó de algo peor. Porque el coche llegó justamente cuando mi pie iba frenando paulatinamente la marcha del coche, en aquella loca carrera ciega.

Sentí el impacto brusco contra mi automóvil, el quebrar de vidrios del parabrisas, el salto adelante de mi cuerpo en el asiento, el choque de mi cabeza contra algo que tal vez fuese el propio volante o el parabrisas roto, y todo me dio vueltas, mientras frenaba el coche con un instintivo y brusco impulso en el pedal.

Todo me dio vueltas, sentí que perdía la noción de las cosas, y la bruma se hizo más y más densa, ahora dentro de mi propio cerebro. Me llevé las manos al rostro, sintiendo que por él corría algo húmedo y pegajoso que no era sudor.

Luego, creo que caí sobre el volante, aturdido. Y no vi ni sentí nada más.

* * *

Había transcurrido algún tiempo, estaba seguro de ello.

Pero no hubiera podido jurar cuánto. Al mirar mi reloj de pulsera, a la luz del tablero del coche, descubrí que se había roto su cristal, y tenía las agujas detenidas en una hora cualquiera, creo que las nueve y unos pocos minutos de la noche.

Había perdido la noción del tiempo, y también la de mi propio dolor físico, aunque éste volvió pronto, apenas me moví, incorporándome en el asiento con un suspiro. Por el vidrio quebrado, entraba en el coche la neblina pegajosa y húmeda de aquella maldita noche, oscura, impenetrable como un mar de tinta,

y supe que el rostro me dolía intensamente, allí donde antes noté aquella humedad, ahora reseca, con algo endurecido acartonándose sobre mi nariz y ceja. Estaba herido, sin duda alguna. Y llevaba inconsciente el tiempo preciso para que la sangre se hubiera secado en la herida.

Maldije entre dientes, preguntándome dónde estaría, y quién me sacaría de aquel apuro a tales horas y en semejante desvío. Si no circulaban más automovilistas, estaba arreglado. Y si circulaban, quizá fuese aún peor. Me erizó los cabellos la idea de cualquier coche, lanzado en la niebla sobre el mío.

El impacto, a ciegas, podía hacer polvo mi coche… y a mi persona dentro de él. Ése era el primordial peligro en aquel momento.

Eso es lo que me decidió, sin pérdida de tiempo. Era como abandonar el único refugio posible en tales circunstancias. Pero lo abandoné.

Salí del automóvil. Pisé el suelo irregular de la carretera secundaria, en medio de la niebla que, como algo vivo y pastoso, se enroscaba en torno a mis piernas y me rozaba el rostro, igual que algo frío, húmedo, surgido de una tumba.

Miré en derredor, como podría hacerlo un náufrago en alta mar, en un océano tenebroso y desconocido. No tuve mucha más percepción de la que él hubiese tenido. Sólo oscuridad, niebla, formas inconcretas, perdidas en aquel caos brumoso que me rodeaba apenas abandoné la relativa protección del automóvil.

Ni un ruido. Ni el lejano sonido de algún motor, de la presencia de alguien en el desolado paraje. Observé que el coche estaba ligeramente desviado, estrellado contra un grueso árbol que asomaba en una curva, peligrosamente. De haber ido a mayor velocidad, ahora estaría triturado dentro del vehículo.

Pero de cualquier modo, el coche estaba inservible. No podía ponerlo en funcionamiento. No saldría fácilmente tampoco de aquella posición, empotrado en el tronco del árbol. El parabrisas era un auténtico granizado de vidrio, y una portezuela ofrecía abollado el metal y desaparecido el cristal de la ventanilla.

Eso era cuanto había resultado del accidente. Un saldo nada favorable, dadas las circunstancias. Me pregunté dónde estaría y cuál sería el lugar habitado más próximo. Había perdido la noción

de la distancia y de la orientación, a causa de la endiablada niebla en que me hallaba sumergido.

Sólo sabía lo que de antemano me era conocido: que me encontraba en algún punto entre Coventry y Manchester, posiblemente cerca de Wolverhampton, o de Stafford, pero eso era todo. Busqué en mi *tablier* la guía de carreteras, con sus detallados, minuciosos mapas de las rutas inglesas, esperando que me fuese de alguna utilidad cuando hubiera logrado saber el punto exacto o aproximado en que me encontraba perdido. Eso y mi lámpara eléctrica era todo lo que tenía en el coche que podía servirme de alguna ayuda en este caso.

Por otro lado, aventurarse a través de la niebla, sin conocer el terreno que pisaba, sin ver nada a más de cuatro o cinco pasos de distancia, era realmente suicida. Un barranco o una zanja podía poner un final adverso a mi aventura, sin demasiadas posibilidades de ser auxiliado antes de que el accidente fuese irremediable.

Vacilé. Quedarse junto al automóvil inmovilizado, tampoco me parecía una solución. En cuanto se agotasen las baterías, los faros dejarían de dar luz amarilla a la zona de niebla. Y me quedaría en la oscuridad, junto a un coche inútil, sin otra esperanza que aguardar al nuevo día, para tener una idea exacta del lugar adonde había ido a parar en mi nocturna peripecia.

Era una idea poco confortante, puesto que podían ser solamente las diez de la noche, o poco más, y eso significaría un mínimo de once horas en aquel mismo sitio, sin posibilidad de buscar refugio dentro del automóvil, por miedo a una colisión bastante posible, si algún coche se aventuraba por aquel sendero, en pos del indicador de carreteras con el dichoso desvío.

No me sentí animado a esperar. Con todos sus riesgos, opté por aventurarme en lo desconocido. Las cosas no podían irme tan mal, me dije, como para que todo me resultase adverso.

Y me decidí finalmente. Avancé hacia lo ignorado. Hacia el corazón mismo de la espesa niebla que me envolvía como un helado y húmedo sudario.

Por un momento, mi propia sombra se recortó, fantasmal, en la pantalla grisácea y turbia de la bruma, recortada por la luz amarilla de los faros del coche. Luego, esa luz fue solamente un halo borroso a mis espaldas, hasta que terminó por extinguirse totalmente. Sólo

el breve foco de luz blanca de mi lámpara eléctrica, manejada con suma tacto para no agotar su pila demasiado pronto, me acompañó de allí en adelante, bailoteando en el humo frío de la noche brumosa, como un centelleo triste y dificultoso, que no permitía sino adivinar, más que ver, los contornos oscuros y borrosos de algunos arbustos, matojos y árboles, recortados en la que, sin duda, era la cuneta del camino sinuoso, a mi izquierda. Mi derecha era una especie de amasijo pedregoso y de arboledas sombrías, difuminadas en una zona próxima que, sin embargo, en la niebla era como una distancia remota e insondable, a la que no me atrevía a precipitar mis vacilantes y lentos pasos.

No sé cuánto duró el paseo en la bruma. Pero la humedad era intensa, y comenzaba a sentir frío a través de mis ropas de invierno, hiriéndome la piel con pegajosa insistencia. Calculé que llevaba cosa de unas quinientas yardas recorridas, cuando la sombra apareció ante mí, vertical y desnuda en la niebla.

Me paré en seco, con un repentino sudor helado. Por el momento, absurdamente, tuve la impresión ridícula de que un espectro indescriptible surgía en la senda, para detenerme en mi camino, y quizá con siniestros y torvos propósitos sobre mi persona.

Fue solamente una idea tan fugaz como necia. Apenas un segundo más tarde, comprendí que me hallaba simplemente ante otro indicador de madera, hincado en una bifurcación, en forma de aspa. Un poste vertical emergía del suelo. Y en su extremidad superior, tres brazos de madera, como tres manos tendidas a la sombría masa amorfa de la bruma, señalaban en otras tantas direcciones incógnitas.

Respiré hondo, llamándome imbécil a mí mismo. Mi sobresalto inicial me había hecho crispar los músculos faciales. Ello me provocó un vivo dolor repentino, recordándome que estaba herido en la frente y la nariz, de resultas del brusco choque del automóvil contra el árbol.

Encendí la lámpara eléctrica y alcé el corto chorro de pálida luz hacia el remate del poste indicador.

Una de las tablas aparecía totalmente borrada, apenas con unas letras parcialmente diluidas, que nada significaban. Otra se limitaba a indicar:

Camino cortado. Precaución

La tercera, cuando menos, decía algo concreto. Pero tampoco relacionado con el fastidioso desvío, que en buena lógica debía terminar en alguna parte, para volver a la carretera general, a menos que yo me hubiese desorientado en la niebla, desviándome hacia otro punto más alejado de la ruta.

Leí en el tercer indicador de madera, con letra bastante legible, aunque de evidente antigüedad también:

Landsbury, a dos millas

—Landsbury… —repetí entre dientes para mí, arrugando el ceño. Y lo desarrugué en seguida, porque me causó dolor en la ceja abierta—. No tengo la menor idea de cuál será ese lugar…

Yo conocía bien la región. O al menos, la había conocido siempre, antes de existir aquel desvío en la carretera principal. Ahora ya no estaba tan seguro de eso. Cuando menos, el nombre de Landsbury no me decía nada. Era un lugar en el que estaba convencido de no haber estado jamás.

Sacudí la cabeza, esperanzado. Al diablo con eso. Uno no puede haber estado en todas partes. Lo importante es que había un lugar cercano. Dos millas no era una bicoca, y menos con aquella niebla. Pero caminando con precauciones y administrando bien la duración de la pila de mi lámpara eléctrica, podía calcular que en poco más de una hora andaría bastante cerca de la tal población. Y lo importante era eso: llegar a un sitio habitado, fuese cual fuere, con luz eléctrica, teléfono, un techo donde cobijarse, y un lugar en el que, con más o menos dificultades, fuesen capaces de servirle a uno una jarra de cerveza, un café o un vaso de vino con algo caliente para reponer fuerzas.

Eso pareció darme ánimos. Me lancé a la aventura, que, por otro lado, no era tal, sino la única posibilidad que tenía de avisar a mi familia, de pedir un coche y una ayuda, y de ser curado de las heridas, mientras descansaba y tomaba un refrigerio, a la espera de regresar a Londres o a Wolverhampton, que estaba bastante más próximo.

Las dos millas en la bruma, distancia sin gran valor en

circunstancias normales para un hombre todavía joven y bastante ágil como yo, pero que ahora constituían una rémora peliaguda, dada la hora, el paraje, las condiciones de clima y ambiente, y todo lo demás, comenzaron a ser atacadas con energía y decisión por mis piernas.

Más adelante, un nuevo indicador me dio ciertos ánimos, cuando creía llevar ya horas enteras caminando, sin noción exacta del tiempo, a causa de la rotura de mi reloj. Allí me dijo bien a las claras la madera pintada que sólo una milla exacta me separaba de mi meta, la desconocida población de Landsbury.

Seguí con mayor decisión. No me había extraviado ahora, y estaba cada vez más cerca de mi destino. Eso me daba más fuerzas y confianza. Creo que no debí tardar más de treinta o treinta y cinco minutos, pese a lo incierto del camino, moviéndome con rápida zancada entre brumas, tanteando el suelo a veces, y estudiando otras, con incertidumbre, las formas borrosas de los arbustos y arboledas, allá en los límites turbios del sendero.

Finalmente, me paré en seco, con un profundo suspiro de alivio.

Vi luces en la niebla. Y formas oscuras, sólidas y macizas, recortándose entre el vaho grisáceo de la bruma.

Una ciudad. Una pequeña ciudad en alguna parte de Inglaterra. ¿Qué importaba su nombre o su fisonomía? Aquello eran edificios, silueteados en la noche. Las luces eran tenues, muy pálidas y tristes, seguramente a causa de lo espeso de la propia niebla. No había muchas tampoco. Debía de ser ya muy tarde. Y en las pequeñas poblaciones apartadas de las carreteras importantes, la gente acostumbra a acostarse pronto.

Eso no me podía intimidar ya. Despertaría a quien fuera preciso para que me ayudase. El dinero no era problema para mí, ni mucho menos. Era un accidentado, estaba herido, y necesitaba que me auxiliaran. Podía pagar el favor generosamente.

Avancé, con mayor decisión que nunca. Las estructuras sólidas y sombrías cobraron forma definitiva, ahora en torno mío. Me aventuré entre lo que sin duda era una valla a mi derecha, y un edificio a mi izquierda, por una amplia calle.

La niebla comenzaba a ser menos densa. La visibilidad era mayor que antes. Incluso capté la presencia difusa de una torre, sin duda de alguna iglesia cercana, con una forma circular, amarillenta,

allá en su cima.

Un reloj, sin duda. Bajo mis pies, sentí que el terreno se hacía más duro. Pero también más resbaladizo y accidentado. Parecía un suelo empedrado, a la vieja usanza. Algún villorrio tradicional. Eso explicaría que no fuese demasiado conocido.

Me paré junto a un edificio en cuya planta baja brillaba luz. Era también de color amarillo, pero consideré que era debido al color de los cristales emplomados de una ventana alargada, como las que acostumbra a haber en algunas poblaciones inglesas, justamente en sus cantinas o mesones.

Caminé hacia una puerta. La rendija de luz, bajo la madera, me revelaba su exacta presencia. Creo que nunca he sentido más alivio que en ese momento, cuando al fin supe que estaba en un lugar habitado, cerca de gentes que podían facilitarme comida, bebida, alojamiento, ayuda… Y, sobre todo, un teléfono. Y la posibilidad de avisar a mi casa, de decirles lo que había ocurrido, de esperar ya tranquilo el fin de la desagradable aventura nocturna en alguna parte de Inglaterra, en una noche de repentina y espesa niebla.

Empujé la puerta de aquella casa. Cedió la madera, con un agrio chirrido de bisagras mal engrasadas, y entré en el lugar.

Creo que justamente entonces supe que la aventura no terminaba allí.

Y que, por el contrario, no había hecho sino empezar…

Eso ocurrió cuando yo pisaba el umbral de entrada a un recinto iluminado, donde vislumbré inicialmente mesas, taburetes y un mostrador, confirmando mi previa convicción de que me hallaba en una cantina.

Ocurrió cuando la mano helada me tocó la nuca, y la voz me susurró, muy cerca de mi oído, con trémulo tono:

—Por el amor de Dios, no… No entre ahí, señor…

CAPÍTULO II

Creo que todos mis cabellos se erizaron en aquel momento.

El roce de los fríos dedos humanos en mi nuca, fue tan inesperado como el susurro de la voz temblorosa, cerca de mí. Di un respingo y me volví a medias, contemplando a la persona que me hablaba, fantasmal en la neblina, surgida de repente junto a mí, como si brotase de la propia tierra.

Era una mujer.

Quizá la más hermosa mujer que vi jamás. Y eso que mi propia esposa era bellísima y nada tenía que envidiar a cualquier clase de hermosura femenina que uno pudiera imaginarse.

Pero aquella dama me sobresaltó. Tanto por su súbita aparición, como por sus palabras y su aspecto. Su belleza solamente evitó que mi sensación de sorpresa tomara más desagradable cariz.

Un rostro tan hermoso, aun en una noche de niebla, en un lugar desconocido, y surgido misteriosamente, como formado en la nada, no podía causar miedo o temor a nadie. Sus ojos profundos tenían más de patéticos y enigmáticos que de aterradores.

—¿Qué ocurre? —murmuré roncamente, no sé si por mi sobresalto o por el tiempo que llevaba sin despegar las labios—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre no le diría nada —respondió ella—. Sólo le pido que no entre ahí…

—¿Por qué no? —la contemplé, asombrado—. Usted no ha caminado durante varias millas en la niebla, buscando un lugar donde refugiarse… Si no. no diría eso.

Me contemplaba con extraña expresión. Tenía los ojos de un indefinible color verde pardusco, muy atractivos y llenos de vitalidad. Estaba pálida, y su piel debía ser sonrosada, suave y fresca. Los cabellos, del color del cobre, aparecían brillantes de humedad, y algo despeinados. Vestía un conjunto de lana, en color

verde oscuro, amoldado a su esbelto cuerpo juvenil. Observé que debía de tener frío, porque estaba tiritando.

¿O quizá era miedo?

—Usted no sabe cómo he llegado hasta aquí —la oí decir con voz ahogada—. Pero este lugar no me gusta. No quiero estar en él. Es preferible volver a la noche, a la niebla, a deambular por ahí, extraviada.

—De modo que también usted se extravió —comenté, pensativo. La estudié, sacudiendo la cabeza. Luego, miré al interior del recinto adonde ella no quería entrar ni deseaba que tampoco lo hiciese yo. Descubrí sus luces, que no eran eléctricas, sino de gas. No vi a nadie sentado en sus mesas, pero sí habían jarras de vino o cerveza sobre ellas. Y un anaquel lleno de botellas en el mostrador, bajo la luz de una lámpara de gas de tres brazos, con globos de color amarillo. Añadí, decidido—: Tengo hambre. Y sed. Y deseo verme bajo techado, la verdad. Este lugar parece tan bueno como otro cualquiera. Además, habrá un teléfono para utilizar…

—¿Teléfono? —La mirada de ella recorrió el local—. No veo ninguno, señor…

—Es igual —respiré con fuerza—. En alguna parte lo habrá, no lo dude. ¿Va a entrar o no?

—No quisiera hacerlo. Ni tampoco que usted entrase. Es la primera persona que veo… y no me gustaría perderle de vista.

—Si me acompaña, no va a perderme de vista —sonreí—. ¿De veras no ha visto aún a nadie?

—A nadie en absoluto.

—¿Cuánto lleva en Landsbury, señorita?

—Cosa de un cuarto de hora. He recorrido estas calles varias veces. Es un pueblo raro.

—¿Raro? —Fruncí el ceño, volviendo la cabeza. La niebla se estaba disipando casi por completo. Sólo quedaban leves jirones grisáceos, enroscándose en torno a los globos de luz de la calle empinada. Observé que también era de gas la iluminación urbana. Landsbury resultaba un sitio muy anticuado. Asentí por fin—: Sí, es algo raro, lo admito. Luces de gas y empedrado viejo. Nuestro país es un sitio lleno de rincones tradicionales, después de todo. ¿Por qué no quiere entrar en la cantina?

—Es… es algo extraño. Me asusta.

—¿Asustarle? —Enarqué las cejas, y volvió a dolerme la herida —. ¿Por qué motivo?

—Hace cosa de cinco minutos pasé por aquí. Oí risas y voces ahí dentro. Chocaban jarras de cerveza, se oían ruidos. Ahora…, ahora no hay absolutamente *nadie*. ¿No es eso muy sorprendente, señor?

—Sí, la verdad —me encogí de hombros—. Se acostarán pronto aquí. Habrán ido a dormir.

—¿Sin cerrar el negocio siquiera? —Dudó la joven, mirándome.

Confieso que estaba tan intrigado como ella, pero eso no era un motivo para sentir temor ni nada parecido. Algo de lo que había dicho volvió a mi mente.

—¿Dice que lleva cosa de un cuarto de hora y no ha visto a nadie en la población? ¿Ni siquiera en las calles?

—En ninguna parte —confirmó, sacudiendo la cabeza—. Parece una ciudad muerta…

Como quitándole la razón, empezó a sonar una campana en alguna parte. Elevé los ojos hacia la torre. Venía de allí el sonido. Era una campana sonora y profunda. Conté doce campanadas exactamente.

—La hora de los fantasmas —sonreí, y advertí que ella temblaba de nuevo—. Es medianoche. Y si el reloj funciona en esa iglesia, es que no está tan muerta esta ciudad como parece. Además, esas jarras han sido vaciadas hace poco. Vea las mesas; hay charcos de vino y de cerveza, todavía sin secarse. No hace mucho que estuvo la gente ahí. No hay nada raro en ello.

—Quisiera pensarlo así. Pero hay algo en esta población que me asusta… No sabría decirle lo que ella sea. Sólo que…, que es tan irreal…

—¿Irreal? No veo por qué. Sus edificios, sus calles, sus luces. Todo es sólido. Todo existe. El paraje es algo desolado, pero eso es todo. Hemos encontrado un lugar habitado. No podemos pedir más. Deje a un lado sus aprensiones, y venga conmigo. Creo que no hay nada que temer aquí. Por otro lado, ya habrá observado que sufro unas heridas en mi rostro. Necesito limpiarme la sangre, desinfectarlas y todo eso…

—Sí, ya lo noté. ¿También usted ha sufrido un accidente?

—En efecto —la miré—. ¿Qué significa ese *también*? ¿Acaso usted…?

—Mire —dijo, girando la cabeza—. También estoy herida…

Miré. Me estremecí. Era realmente tremendo. Aquella muchacha debía de ser muy valerosa para andar por el mundo tan tranquilamente, con aquella profunda hendidura en la nuca. La sangre había brotado tan en abundancia, que manchaba su ropa por toda la espalda, los cabellos estaban adheridos, con la sangre reseca en ellos. Y el corte de su nuca era hondo y serio.

—Dios mío… —murmuré—. ¿Qué le ha sucedido ahí, criatura?

Ella sonrió, volviendo su rostro hacia mí, como si aquello careciese de importancia. Entonces observé también que tenía sus manos manchadas de sangre seca entre los dedos y las uñas bien manicuradas, dos de ellas astilladas y rotas.

—Un desgraciado accidente —musitó—. El autobús derrapó. Creo que dimos dos o tres vueltas de campana. Yo iba sentada cerca del conductor, en la primera hilera de asientos. Me sentí lanzada contra los vidrios, y despedida a través de una portezuela. Creo que estuve inconsciente algún tiempo… Al despertar me vi en el fondo de una zanja muy profunda. Más arriba, el autobús volcado era atendido por los automovilistas que cruzábanse en el camino. Grité, tratando de que me escucharan, pero con el ruido de los coches, las voces y quejas de los heridos y todo eso, no me prestaban atención. Nadie me oía. Quise subir, escalando el terraplén, y tuve la desgracia de perder pie y caerme. Me fui aún más abajo, al fondo del barranco, y comprendí que no podía subir, ni nadie iba a localizarme allá al fondo, por lo que me puse a andar, en busca de una salida a cualquier punto de la carretera. No sé cómo, me vi ante el indicador de esta población, y seguí adelante, en busca de ayuda. Pero no encontré a nadie en ninguna parte. No me decidí a entrar en la taberna cuando se oían voces, sino que me encaminé a las luces de un edificio donde anuncian un albergue o fonda. Tampoco encontré allí a nadie, pese a que estuve llamando insistentemente a un timbre, en recepción. Recorrí la planta baja sin hallar viajeros ni empleados. Volví a la calle… y le vi a usted abriendo la puerta de este local, repentinamente vacío. Eso es todo.

—Entiendo —moví afirmativamente la cabeza—. Ambos hemos sufrido un accidente de tráfico, no lejos de Landsbury, aunque en lugares opuestos. ¿De dónde venía usted exactamente en ese autobús?

—De Manchester. Es una excursión de estudiantes de Birmingham, adonde volvíamos. Yo estoy de internada en una escuela de señoritas de esa ciudad. Este año termino mi carrera.

—Entiendo —afirmé—. Es usted muy joven, ¿verdad?

—Veintidós años —dijo, risueña—. Ya no soy tan joven, ¿no cree?

—La llevo más de seis años —suspiré—. Venga, tiene que obedecerme, puesto que soy el mayor de los dos. Vamos adentro. Si nadie nos sirve, nos pondremos nosotros mismos algo confortante.

Pareció decidida. Entramos en la cantina, acercándonos al mostrador. Golpeé en él con la mano, por tres veces. Nadie acudió a servimos.

—Parece que todo sigue igual —dijo ella, acercándose a mí, hasta que su cuerpo rozó el mío—. ¿Dónde está la gente de este lugar?

—Lo ignoro. —Me metí tras el mostrador, decidido—. ¿Qué le apetece tomar, amiga mía?

—Creo…, creo que me sentaría bien un poco de *brandy* —suspiré—. Para pasar la impresión… y reanimarme un poco.

—Excelente —asentí, tomando dos copas—. *Brandy* para ambos. Esto, para empezar. Luego, veré de servirnos algo de comida.

Puse licor en las copas. Ella lo tomó de un trago, y yo también. Respiramos hondo, nos miramos y reímos.

Yo me puse una segunda copa. Ella negó con la cabeza.

Apuré mi segunda copa. Me sentí más animoso. Dejé la botella en el estante. Luego busqué en un cartón amarillento, destinado a los precios.

—No sería justo servirse sin pagar —dije—. Veamos la tarifa…

Miré, sorprendido. Era ridículo. Aquel lugar era increíblemente barato. Jamás en sitio alguno de toda Inglaterra había visto precios así. Con un chelín, quedaban pagadas las tres copas. Sacudí la cabeza, perplejo.

—No se puede decir que la vida sea muy cara en Landsbury —confesé—. Me recuerdan los precios de que hablaban mis abuelos cuando yo era un mozalbete.

Pero era lo que allí habían escrito, con desvaída tinta, sobre el amarillento papel de los precios en vigor. Añadí un chelín más como propina, avergonzado de semejante baratura.

Busque los precios de alimentos cocinados. Me quedé aturdido. Con media libra esterlina podía uno hartarse para varios días. Eso era absurdo.

Miré a la joven, que me estudiaba intrigada, apoyándose en el mostrador del desierto local.

—No lo entiendo —confesé—. Es como hallar un paraíso olvidado del resto del mundo. Cualquier persona se arruinaría con semejantes precios, aun no pagando impuestos…

La joven estudió los precios, asintiendo. Miró en derredor, alarmada.

—Ya le dije que no es un lugar como cualquier otro —musitó—. No hay nadie. Los precios no tienen sentido. Nada parece tenerlo aquí, señor…

—Clemens —dije, casi instintivamente—. Peter Clemens…

—Mi nombre es Margaret. Margaret Court, aunque los amigos me llaman sólo Margie —dijo ella, sonriéndome dulcemente a través del mostrador. Inclinó un poco la cabeza y retiré mis ojos de su nuca ensangrentada. Era desagradable pensarlo, pero yo solamente había visto una vez a una persona con semejante herida. Estaba muerta. De eso hacía tiempo. Evidentemente, Margie Court había tenido mucha suerte esta noche en conservar su vida tan milagrosamente. Luego dio un repentino respingo y me miró con mayor atención, abriendo mucho sus ojos pardos, que el gas amarillento convertía en casi verdes—. ¿Cómo dijo llamarse, señor?

—Clemens —sonreí—. Peter Clemens. ¿Por qué lo pregunta? ¿No lo oyó bien?

—Lo oí perfectamente —musitó—. No será el mismo Peter Clemens que…, que…

—¿Que ha sido ministro y actualmente pertenece a la Cámara de los Lores y a la oposición del Gobierno británico? —Reí entre dientes, asintiendo—. Sí, Margie. Soy el mismo Peter Clemens. Lord Peter Clemens, en el ambiente londinense.

—Cielos, parece imposible… —me miró, aturdida—. Cuando diga que lord Peter Clemens, el más joven y brillante político de Inglaterra, un hombre noble, famoso e inmensamente rico, me ha servido *brandy* en un olvidado rincón de anticuadas costumbres… ¿quién va a creerme?

—Posiblemente nadie —sonreí—. A menos que le entregue una

tarjeta mía, firmada, asegurando que es rigurosamente cierto. Recuérdeme que lo haga, si le gusta presumir ante sus amigas de cosas así.

—Oh, no hable de ese modo —se quejó Margie Court—. Es como si se burlase de mí, señor Clemens… Perdón, quise decir lord…

—Mire, Margie —la interrumpí con energía, agitando una mano en señal de reproche—. Somos solamente amigos, y compañeros de infortunio, además. Para mí, usted es Margie solamente. Mi buena amiga Margie. Yo, para usted, seré solamente su amigo Peter, ¿entendido?

—¿Peter? —Pestañeó, aturdida—. ¿Usted… *sólo* Peter? Oh, no. Es diferente…

—No hay nada diferente, amiga mía. Ambos nos hemos conocido en difíciles y comunes circunstancias. Dudo mucho que nadie en estos casos sea superior o diferente al otro. ¿Acepta llamarme Peter, o dejamos de ser amigos?

—Está bien…, Peter —musitó ella, vacilante aún—. ¿Queda bien así?

—Queda realmente estupendo —reí, divertido—. Margie y Peter. Eso es todo. Dos amigos en apuros. ¿Tiene apetito?

—No mucho.

—Yo sí. Y sed. —Tomé una jarra de cerveza. Puse otro chelín sobre el mostrador—. Tendré que meterme en la cocina y hacer algo para ambos. ¿Un poco de cerveza, Margie?

—No. Después, con lo que comamos… si es que podemos comer algo. Seguramente alguien terminará por venir y cerrará el establecimiento. Para un pueblo como Landsbury, esta hora es muy avanzada ya, ¿no cree?

—Evidentemente lo es —me encogí de hombros—. Pero nadie ha venido a echarnos aún.

—¿Habrá realmente *alguien* en Landsbury? —Dudó ella.

—Tiene que haberlo —sacudí la cabeza—. Espere. Vamos a situamos un poco. Tengo aquí la guía de carreteras de Inglaterra. Localizaremos Landsbury, no lo dude. Y sabremos su número exacto de habitantes. Estamos en el área comprendida entre Manchester, Birmingham, Stafford y Wolverhampton, forzosamente. Mi esposa se halla en Londres ahora, bien ajena a lo que me sucede. Mis amigos están esperándome en Wolverhampton, donde paso una

temporada trabajando en una serie de problemas políticos para la próxima sesión de la Cámara. Veamos ahora…

Manejé la guía. En su índice alfabético me esperaba el primer inconveniente. No figuraba en absoluto Landsbury.

Era raro, porque incluso pequeños villorrios con estación de servicio figuraban allí minuciosamente. Y Landsbury, por las trazas, debía de ser un pueblo con más de dos o tres mil habitantes.

Decidí buscarlo en el plano de carreteras de la zona sudoeste de la isla, junto a Gales. Mi dedo recorrió una docena de veces las carreteras de Wolverhampton, Birmingham y todo lo demás.

Ni rastro de un lugar llamado Landsbury.

Mi dedo se detuvo finalmente en una zona sin nombre alguno. Golpeé con fuerza.

—Tiene que ser aquí —dije, enfático—. Pero no hay sitio alguno. Se les olvidó consignar la presencia de este pueblo en la guía y en los mapas. Raro, ¿no?

—Mucho —asintió ella, ensombrecidos sus ojos—. No se olvidan semejantes cosas. Y su guía es la más completa que se ha editado.

—Exacto —la guardé en mi bolsillo, apoyando ambas manos en el mostrador. Tomé la cerveza, chascando la lengua con placer—. Deliciosa… Pocos grados, fresca y cristalina…

—Peter, éste…, éste parece un pueblo fantasma —musitó ella.

—Ya lo dijo antes —sonreí, dejando de golpe la jarra vacía en la madera húmeda y agrietada del mostrador—. Para ser un pueblo fantasma, la cerveza y su recipiente son singularmente sólidos…

—No se burle de mí —se quejó ella—. Tengo miedo, Peter.

Y rodeó el mostrador, acurrucándose junto a mí como si realmente hubiera algo capaz de amedrentarla en aquel sitio.

La tome con suavidad, oprimiendo sus manos. Evité mirar su nuca herida. Cada vez que lo hacía, una sensación dolorosa y poco agradable me asaltaba.

—Vamos, cálmese —la conforté, sonriente—. Nadie va a causarle daño alguno. Está con un amigo. Y si la gente acostumbra aquí a irse a dormir dejando sus puertas abiertas, llamaremos la atención de alguien en la calle, escandalizando un poco. Tal vez el ver a alguien de Landsbury termine por tranquilizarla, ¿no cree?

—Al menos comprobaríamos que es un pueblo como otro cualquiera, a pesar de su apariencia —miró en torno—. ¿Se ha dado

cuenta de que no hay un solo enchufe eléctrico? Ni otras luces que no sean de gas… o esas velas que tienen sobre el estante. Y… no veo teléfono alguno. Ni una radio, ni un aparato de televisión…

Fruncí el ceño, asintiendo. Ya lo había advertido antes, aunque no quise mencionarlo. Raro lugar aquel de Landsbury… Tal vez apegado a viejas tradiciones ancestrales. Enemigos de la civilización y el progreso. Pero era imposible hallar en toda Inglaterra una población como aquélla, sin la menor señal de luz eléctrica por parte alguna. Eso no tenía el menor sentido.

—Vamos a la calle antes de preparar algún alimento —dije, con repentina decisión—. Correré el riesgo de que, al volver aquí, el local esté cerrado. Y nos quedemos sin cena…

Ella no respondió. La tomé por una de sus frías manos estremecidas. La verdad es que tampoco mi piel estaba demasiado cálida. Aquella noche húmeda y hosca, nos estaba afectando a ambos por un igual.

Caminé hacia el exterior. Ella me siguió dócilmente. Pisamos el suelo, empedrado a la antigua usanza de los caminos reales ingleses. La luz amarilla dibujaba nuestras sombras, recortándose irregulares en el suelo de piedras curvadas. Había una pátina oscura y brillante, de la humedad nocturna, a lo largo de toda la callejuela empinada, que serpenteaba entre edificios en su mayoría reforzados en las fachadas de rojo ladrillo por el entramado de madera propio de los viejos villorrios británicos. Ventanas y miradores de vidrios emplomados, sin luz alguna, daban la impresión de ojos sin fulgor, dormidos en una noche sin principio ni fin.

Observé el viejo reloj de cifras romanas, desde la salida de la cantina. Una luz de gas brillaba sobre el metal redondo y dorado, salpicado de desconchados, sobre el que iban girando, lentas y monocordes, las agujas deslucidas. Ni siquiera allí había una sola bombilla eléctrica, como era de prever.

La torre de la iglesia era alta y de piedra gris oscura. Un tejado de la edificación anexa, con sabor románico, ofrecía brotes de hierbajos parduscos entre las tejas de su techumbre. Las ventanas de vidrios de colores, aparecían en sombras también.

Empecé a pensar igual que Margie. Aquello parecía un rincón olvidado de Dios. Y de la gente. No se apreciaba señal alguna de vida en sus callejuelas y viviendas. Una cercana dulcería aparecía

herméticamente cerrada. Más allá, unas luces dejaban vislumbrar el color de hierro oxidado de una muestra donde se leía, en caracteres góticos:

Albergue del Jabalí Azul

Nos detuvimos bajo una farola de gas, en la acera charolada por la humedad. Los últimos vestigios de niebla se iban disolviendo en la negrura de la noche. Ahora, todo Landsbury era visible. No parecía muy grande ni muy poblado. Pero eso era una cosa, y su silencio de medianoche, otra. Lo lógico era que alguien mostrase su cara, que alguna persona, una sola cuanto menos, diera señales de vida.

Me decidí. Al diablo con los miramientos. Si la autoridad local me consideraba culpable de algo por alterar el descanso de la vecindad, pagaría la multa correspondiente y asunto terminado. Cualquier cosa era mejor que andar indeciso, preguntándose si, realmente, esto sería, a fin de cuentas, un auténtico pueblo fantasmal, surgido de la niebla por artes diabólicas.

Me incliné. Había piedras sueltas en algunos puntos, junto a la acera. Tomé dos de ellas. Las arrojé contra el Albergue del Jabalí Azul.

Se quebraron los vidrios de colores de un mirador. Cayeron fragmentos al interior y otros se hicieron añicos en el empedrado de la calle. Grité, en medio de la calzada, ante la mirada de asombro de Margie:

—¡Eh, escuchen todos! ¡Quiero hablar con alguien! ¡Quiero ver a un médico, si ello es posible! ¡Somos dos personas accidentadas, heridas, y necesitamos asistencia! ¿Qué diablos les ocurre en este lugar, para no asomar nadie, cuando dos forasteros en apuros llegan a su población? ¡Vamos, responda alguna persona, quienquiera que sea, o destrozaré todos los vidrios de Landsbury, desde la primera hasta la última casa del villorrio!

Me detuve, jadeante, esperando una respuesta. Los vidrios rotos mostraban estrellados boquetes oscuros, abiertos al insondable interior de las viviendas misteriosas, cerradas a toda pesquisa externa.

—A lo mejor acabaremos encarcelados —se asustó Margie, junto

a mí.

—Bueno, eso ya significará algo normal y lógico —repliqué—. No se preocupe, Margie. Llevo suficiente dinero encima. Y documentos que acreditan mi personalidad. Imagino que un policía municipal, e incluso un alcalde, podrá sentirse algo impresionado por un título de miembro de la Cámara de los Lores. Cuanto menos, tendremos un médico que se ocupe de nosotros. Es lo mínimo que yo exijo.

Pero el silencio continuaba siendo hermético, absoluto. Alrededor nuestro, Landsbury parecía un lugar desalojado por alguna rara epidemia que dejó vacío el lugar. Sin embargo, yo no podía olvidar las jarras húmedas, las manchas de vino y cerveza. Ni las palabras de Margie:

«Hace cinco minutos… Oí voces, risas y ruidos dentro de la cantina. Ahora… está vacía».

Sí. No podía hacer más de cinco minutos. En ese tiempo, no se desaloja una población, por pequeña que sea, sin que alguien del lugar sea visible.

Me volví a Margie. Ella me estaba mirando, realmente asustada.

—No…, no hay nadie —la oí gemir.

—Imposible —rechacé—. Tiene que haber gente. Se ocultan. No sé por qué motivo, se ocultan…

Ella iba a responderme con algo. No lo hizo. Ni yo la apremié a ello.

De repente, había sucedido algo. Volvían a sonar las campanas. Pero esta vez no daban hora alguna. El reloj de la vieja torre marcaba las doce y seis minutos, exactamente.

Estaban tañendo a algo. Sonando en un toque lúgubre, religioso. Traté de identificarlo. Nunca he sido muy creyente ni asiduo a oficios litúrgicos. Ahora lo lamentaba. Oía aquellas campanas, aquel sonido lento y pausado del bronce en lo alto de la torre, sin saber qué podía ser.

Miré a Margie. Estaba más pálida aún. Más asustada. Tenía los ojos más dilatados.

—¿Qué tocan ahora? —refunfuñé, disgustado.

—Esas campanas… —musitó ella roncamente—. Están tañendo a muerto…

—¿Qué? —inquirí, sin entender.

—Es…, es como cuando muere alguien. Un oficio fúnebre… Un toque de difuntos, Peter…

CAPÍTULO III

Me detuve ante la puerta de la iglesia.

Era alta y de arco ojival. Rodeada de tallas en piedra, de aire románico. También existían influencias góticas en su fachada. Un típico producto de la Edad Media, mezcla de diversos estilos arquitectónicos, bastante unidos en el tiempo.

Las campanas seguían tañendo, incansables, allá arriba.

Margie se apretaba contra mí, indecisa, asustada. Yo apretaba con energía sus yertos dedos. Traté de animarla con voz firme.

—No puede ser nada malo —dije—. Sencillamente, las gentes de Landsbury deben estar en la iglesia, podría jurarlo. En algún oficio religioso.

—¿Después de…, de medianoche? —Dudó ella—. Soy católica, Peter. Y no sé de ningún oficio que tenga estas horas por costumbre.

—¿Ni siquiera al de difuntos?

—Ni siquiera eso. Se acostumbran a producir a primera hora de la mañana, con el alba. Pero no en plena noche. Raras costumbres las de la gente de Landsbury…

—Es igual. Trataremos de saber lo que sucede. Acaso alguna epidemia, una peste… No sé, Margie. Ellos nos lo dirán, estoy seguro.

—¿Ellos? —Se estremeció la joven—. ¿Quiénes, Peter? No hemos visto *aún* a nadie…

Señalé la puerta de la iglesia.

—Tienen que estar ahí —dije, seguro de mí mismo—. Podría jurarlo.

—¿Y… si no estuvieran tampoco ahí? —me preguntó ella.

No quise pensarlo. No respondí. Sabía lo que estaba sintiendo, porque yo experimentaba algo muy parecido en el fondo. Si no encontrábamos a nadie tampoco en la iglesia, sería cosa de empezar a preocuparse seriamente…

—Vamos —dije, escueto—. Salgamos de dudas, Margie.

Como hiciera antes al entrar en la cantina o al romper los vidrios del Albergue del Jabalí Azul, empujé la puerta de la iglesia, siempre con aquel tañido lúgubre y pausado sobre nuestras cabezas, retumbando en todo Landsbury.

Nos enfrentamos al interior de la iglesia, cuando la enorme puerta de madera claveteada cedió con un chirrido lento, pesado, casi solemne.

El templo estaba en una penumbra amarillenta… Solamente las altas velas del altar mayor eran visibles, bailoteando fantasmales sus llamas en la gran nave de piedra, húmeda y fría.

Un ascético Cristo en el muro, debajo el altar, y las hileras de bancos de madera a ambos lados.

Sí. Yo tuve razón.

Al fin veíamos a alguien. Había gente en aquella iglesia.

Gente alineada en los bancos de madera. Gente arrodillada ante el altar.

Se volvieron y nos miraron. Nosotros les miramos a ellos, en silencio. Sorprendidos e impresionados incluso. Luego, indiferentes, volvieron su atención al oficio litúrgico. Y no nos hicieron más caso.

En el altar, ante el crucifijo, había dos féretros sobre dos túmulos funerarios, de negras ropas. No vimos a sacerdote alguno.

Pero estaban oficiando una ceremonia de difuntos.

Y la campana no cesaba de tocar, allá en la altura, retumbando sus sones de bronce en los muros de vieja piedra umbría.

* * *

—¿Se siente ya más tranquila, Margie?

—Sí, un poco. Al menos sé que no estamos solos en este lugar… —Vaciló, antes de añadir, inquieta—: Pero aun así…, ¿por qué esto? No entiendo que se hagan oficios religiosos en plena noche. Y menos, para unos difuntos…

Algunos rostros se volvieron, mirándonos con reproche. Le hice un gesto para que enmudeciese. La gente no quería que alterásemos su fervorosa ceremonia. En cuanto dejamos de musitar palabras en voz baja, se despreocuparon todos de nosotros.

Estudié a la gente que nos rodeaba. Habría al menos dos centenares de personas en la iglesia. Hombres de diversas edades; mujeres, en su gran mayoría de edad avanzada… Rostros serios y pensativos, miradas profundas, gestos solemnes, como entregados totalmente a su misión de oficiar por las almas de otros seres difuntos.

Vestían todos con sencillez. Abundaban los tonos oscuros o sobrios. No había alegría en ninguno de aquellos rostros. Sólo una resignada calma, una tristeza casi infinita. Estaban allí, en el frío templo, sin aparentar disgusto. Como algo que tenía que hacerse. Un ritual inexcusable para ellos.

Extraño Landsbury, pensé. Extraña gente, extrañas costumbres, extraño modo de comportarse en todos ellos. Tenían que haber oído los vidrios rotos, allá afuera. Y mis gritos. Pero nadie salió de la iglesia. Nadie asomó a ninguna ventana. Y no podían ser aquellos todos los habitantes del pueblo. Habría niños, gente más joven, más anciana también…

—No lo entiendo —mascullé de repente, sacudiendo la cabeza.

Margie me miró. Las campanas seguían sonando a muerto, en lo alto de la torre. Era un toque prolongado, lento, solemne, lleno de tristeza y de agobio.

—¿Qué es lo que no entiende? —susurró.

—Todo esto —dije—. No entiendo nada.

—Yo tampoco —respondió—. Esperemos a que termine la ceremonia. Preguntaremos…

Asentí. Ya alguna que otra cabeza empezaba a volverse, irritada, hacia nosotros. Era mejor no importunarles de nuevo. Tenían derecho a sus costumbres, sobre todo cuando era por la suprema caridad de orar en favor de los muertos…

Lo cierto es que el lugar no tenía nada de siniestro. Ni las gentes podían inquietarme. Su apacible sosiego, su modo callado y solemne de asistir al oficio de medianoche, merecía todo respeto. Las velas ardían en la iglesia carente de luz eléctrica. Busqué en vano altavoces para el sermón dominical, enchufes eléctricos para otra clase de iluminación. Como en todo Landsbury, allí no se veía nada de eso. Solamente velas. Y unas apagadas lámparas de gas en los muros de piedra, allá en los porches laterales de la nave central.

Seguía habiendo un factor raro en la ceremonia nocturna: la

ausencia de sacerdote y de un auténtico oficio de difuntos. Tampoco había misa. Sólo un rezo silencioso, pasivo, la asistencia colectiva, en un mutismo impenetrable, casi angustioso, frente a los dos túmulos enlutados donde reposaban los féretros.

Repentinamente, se hizo un silencio total. Absoluto.

La campana había dejado de sonar bruscamente. Su último golpe se quedó vibrando, como un eco estremecido de bronce, en los recodos de piedra.

Luego, de modo inesperado, la gente comenzó a levantarse de los asientos de madera. Un arrastrar de pisadas calmosas llenó la vasta nave pétrea del templo. Hileras de rostros tranquilos y apáticos comenzaron a desfilar entre nosotros dos, que seguíamos quietos, arrodillados en nuestro sitio inicial. Nadie nos dirigió una sola mirada, como si no existiéramos ni les sorprendiera la presencia de dos forasteros.

—La ceremonia terminó —dije.

—Ni siquiera hubo ceremonia —me objetó Margie—. ¿Dónde está el sacerdote?

—Eso quisiera saber —convine—. Pero ellos se marchan, ¿no?

—Es el momento de preguntarles qué sucede aquí —musitó la joven.

—Si, es cierto —asentí. Y me dispuse a ir en pos de ellos, por el corredor central del altar, para abordar a cualquiera.

En ese preciso instante, Margie me avisó con un murmullo.

—Eh, Peter, mire eso —dijo.

Miré adonde ella señalaba. Al altar mayor, donde se hallaban los túmulos funerarios.

Era la primera vez que el hombre aparecía allí. Yo no le había visto durante toda la rara, silenciosa ceremonia.

Asomó entre dos columnas de piedra, y se aproximó, arrodillándose ante el altar, en silencio. Vestía un largo ropaje negro, pero no parecía un sacerdote. Su cabellera era larga y ligeramente rubia. Oraba cabizbajo, entre los dos túmulos negros. Le contemplé en silencio, sin llegar a abordar a ninguno de los asistentes al funeral.

Solamente cuando vi que nos habíamos quedado solos entre la hilera de bancos, junto con el hombre del altar, pensé en hacer algo. Afuera, en la calle, el rumor de pisadas se iba alejando en todas

direcciones. Obviamente, cada uno volvía a su casa, acabada la silenciosa reunión en el templo.

—Bueno, al menos le preguntaremos a él —comenté con acritud —. Tiene que saber algo, sea un sacerdote o no.

—Juraría que no lo es.

—También yo —convine—. Pero nos dará una respuesta. Cuando menos, eso es lo que espero.

Avancé decidido hacia el altar. Margie se quedó atrás, dudando, para luego seguirme, con paso rápido, por el corredor central. El hombre de túnica negra no se movía, en su estático trance oratorio. Ni pareció oírme, pese a que mi calzado hizo ruido en las piedras de los dos escalones que subían al altar propiamente dicho.

Me detuve junto a él. No lejos de los dos féretros cubiertos de ropajes negros, con flecos púrpura. Hablé, seco el tono:

—¿Qué significa todo esto?

El hombre no se inmutó. Era como si aquello no le sorprendiera lo más mínimo. Como si lo hubiera estado esperando. Muy despacio, giró la cabeza. Me miró.

—¿Qué significa… el qué, señor? —preguntó con voz calmosa.

Le estudié, pensativo. Era enjuto, pálido, solemne. No expresaba nada su rostro afilado, ni tampoco sus ojos oscuros y penetrantes. Su edad era indefinida. No advertí en él recelo o disgusto siquiera.

—Esto —dije—. La ceremonia, esa gente…

—Era un oficio de difuntos —me respondió, escueto—. ¿No lo había advertido acaso?

—Sí. Pero eché en falta a un sacerdote. Y me sorprende la hora dedicada al mismo.

—En Landsbury no hay sacerdote. Tampoco hay horarios rígidos. Cuando alguien muere, celebramos el oficio por él. Y ya ha visto que casi todo el mundo acude.

—¿Por eso se quedó vacía la cantina y el albergue?

—Exacto —sonrió con frialdad—. Sólo los niños y los ancianos se quedan en sus hogares. Los demás, acuden al oficio. Ahora vuelven a casa. Si desea tomar algo, vaya a la cantina. Le servirán. Pero si se demora, deberá esperar a otro día. La gente también necesita descansar.

—Eso lo entiendo. Landsbury tiene costumbres muy raras, señor.

—En efecto, las tiene —aceptó, con un encogimiento de

hombros—. ¿No le gusta esto?

—No sé si me gusta o no. Es mejor que andar perdido en la niebla.

—¿Niebla? Ya no hay niebla…

—Lo sé. Aun así, prefiero estar aquí. Supongo que tendrán un teléfono para llamar a Londres…

—¿Teléfono? —Enarcó las cejas. Luego, negó despacio—. No hay teléfonos en Landsbury, señor.

—¿Que no hay teléfono? —Me escandalicé—. Si la Cámara sabe eso, habrá una interpelación muy seria al Gobierno. No se puede tolerar una cosa así en Inglaterra, en pleno siglo veinte. Por muy tradicional y anticuado que sea un lugar, la vida actual exige el teléfono, la luz eléctrica, la radio, la televisión…

—Lo siento, señor. No encontrará nada de eso en Landsbury.

Sentí frío. Un extraño frío que recorría mi cuerpo. Eso no era posible. Todos los lugares del país, por pequeños que sean, tienen luz eléctrica. O aquel hombre estaba loco… o todo Landsbury era un lugar de dementes.

—Pero…, ¡pero eso es ridículo! —rechacé—. ¡Yo *necesito* un teléfono!

—¿Para qué? —preguntó apaciblemente, poniéndose en pie con calma, sin dejar de mirarme.

Su aire entre burlón y compasivo me irritó. Era malo estar aislado de ese modo. Pero era peor aún que alguien lo encontrase la cosa más natural del mundo.

—¿Y aún pregunta usted para qué? —Me asombré—. ¡Soy una personalidad importante! ¡Mi esposa está en Londres e ignora lo que me ha sucedido! ¡Mis amigos y colaboradores me aguardan en Wolverhampton, y posiblemente empiecen pronto a indagar mi paradero, e incluso avisen a la policía! ¿No comprende que tengo que explicarles dónde estoy, decirles lo que ha sucedido, para que se tranquilicen respecto a mi suerte?

—Lo lamento, señor —suspiró—. No creo que el hecho de que hubiera un teléfono aquí cambiara mucho las cosas. Su llamada *nunca* llegaría a Londres o a Wolverhampton…

—¿Cómo? —indagué, perplejo—. ¿Qué es lo que está diciendo?

Me miró, indiferente. Se encogió de hombros. Luego, señaló los túmulos funerarios.

—Sólo piensa en sí mismo y en sus problemas —manifestó despacio—. No se preocupa de nada más. De nadie más. Ni siquiera ha mirado ahí, a esos cadáveres que reposan a la espera del eterno reposo… ¿Por qué no se olvida de su Londres, de su familia, de sus amigos, de su persona, importante o no, para echar una mirada siquiera a quienes necesitan de la oración y de los buenos deseos de todos, para que encuentren su paz imperecedera, amigo mío? Sólo una mirada, por favor…, y luego seguiremos hablando usted y yo… Incluso es posible que trate de buscarle un teléfono… si para entonces sigue deseándolo tan fervorosamente…

Le estudié sin entenderle. Aquel hombre enigmático, frío y desapasionado, lograba irritar mis nervios, crispar mi impaciencia. Pero me había pedido un simple favor, fácil de cumplir. No valía la pena defraudarle.

—Está bien —mascullé—. Y hará mejor en buscar ese teléfono, sea como fuere…

Me volví. Desde el pie del altar, Margie me contemplaba, con una nube de sombría preocupación entristeciendo su bonito semblante. Sacudí la cabeza, exasperado.

—Ya lo ve, Margie —dije, con disgusto—. La gente en Landsbury es muy extraña…

Y me acerqué al primero de ambos túmulos funerarios.

Miré en su interior. Contemplé el yerto cuerpo, el cadáver depositado sobre un fondo de raso púrpura, céreo y apacible en su reposo infinito.

Me eché atrás, con los cabellos erizados de horror.

—No… —gemí—. No es posible… ¡Eso, no!

* * *

—Por favor, le queda aún otro féretro por contemplar… ¿No va a hacerlo?

La voz amable y serena del hombre del ropaje negro me sacudió como un trallazo de alta tensión. Estaba demudado, seguramente lívido, estremecido, tambaleándome sobre unas piernas que, de repente, temblaban con violencia, a punto de ceder y derribarme.

Mis ojos incrédulos, dilatados, llenos de horror, seguían

contemplando aquel cuerpo rígido, inerte, extendido dentro del ataúd.

—¿Qué pesada y horrible broma es ésta? —masculló mi voz rota, angustiada.

—No es ninguna broma, señor —me respondieron—. Está viendo la verdad. La única verdad que existe en el mundo…

Me aparté, alucinado. Miré a Margie, que me estudiaba con expresión acongojada, con aire de temor y de inquietud. Ella también se estaría preguntando, sin duda, *qué* había visto yo dentro de aquel féretro. Y lo peor es que no podía decírselo. Tampoco hubiera sabido cómo hacerlo.

Di unos pasos vacilantes hacia el otro féretro. No quería pensarlo, pero algo me decía que iba a encontrarme con otra espantosa sorpresa. Después de aquélla, ¿qué otra podía haber más fuerte? La sola idea de que fuesen *dos* los difuntos y que el primero fuese el que yo había visto cara a cara con toda nitidez, me hacía pensar algo delirante, inverosímil, aterrador…

Porque acababa de contemplar, en el primer ataúd…, *el cadáver de Margie Court*, mi extraña compañera de aquella noche de peripecias inquietantes en un lugar llamado Landsbury.

Era ella. Ella misma. Idéntica. Como una hermana gemela, pero terriblemente pálida, sobre el fondo de raso púrpura, manchado de rojo bajo su nuca. Rojo de sangre…

El segundo féretro sólo podía contener…

Grité con voz ahogada, retrocedí, lleno de espanto e incredulidad.

—¡Nooo! —aullé—. ¡Ése… es MI CADÁVER!

—Sí, señor Clemens —dijo calmosamente el desconocido de negros ropajes, erguido ante el altar de la desierta iglesia—. Ése es su cadáver… Aquí, en Landsbury…, TODOS ESTAMOS MUERTOS…

—¿Qué? —gemí, tambaleante, sintiendo correr por mi piel un copioso sudor helado.

—Y ahora, hay dos nuevos ciudadanos… Usted y su joven amiga… TAMBIÉN ESTÁN MUERTOS. Esta misma noche murieron, víctimas de dos accidentes de carretera…

SEGUNDA PARTE

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

El cantinero puso la jarra de cerveza ante mí.

—¿No tiene sed? —preguntó.

Le miré, pensativo. Sacudí la cabeza.

—No sé —dije—. Tuve sed antes, no hace mucho. Ahora… no sabría lo que tengo.

—Sí, ocurre a veces —convino, sacudiendo su canosa cabeza con lentitud—. Cuesta trabajo hacerse a la idea…

Y se fue calmosamente hacia el mostrador. Arrastraba sus pies al andar. Pero en modo alguno parecía un espectro o un cadáver ambulante.

Ya había pasado el momento en que pensé que era víctima de una absurda broma macabra, por parte de una población con siniestro sentido del humor. No es fácil que nadie se invente una cosa así. Tampoco eran figuras de cera los cuerpos que yacían en los féretros, sino auténticas formas humanas, frías y yertas. Margie y yo. Ella, con su nuca rota. Yo, con el rostro cubierto de heridas. Pero sin nada fracturado mortalmente, en apariencia.

Ahora sabía por qué la herida terrible de la nuca de Margie me produjo tal impresión. Yo supe, apenas la vi, que era una herida mortal. Era como un milagro que sobreviviese a ella.

Y no había sobrevivido. Estaba muerta. Muerta. Como yo mismo.

Ambos estábamos en otro mundo diferente. La ciudad de luces de gas, sin electricidad, teléfonos ni radio o televisión… Un mundo muerto, perdido en la niebla de una noche oscura y húmeda, en alguna parte que no figuraba en ningún mapa…

Y allí, dos seres se encuentran. Dos seres que deambulan por la niebla. La niebla de los muertos, la oscuridad de lo eterno… En otro lugar, en otra dimensión acaso. Más allá de este mundo. Quizá, quizá más allá de la propia muerte…

No. Ya no tenía sed. Pero bebí. Bebí cerveza. Fría y espumosa cerveza. Tal vez esa cerveza ni siquiera existía. Como la cantina, como el pueblo, como nosotros mismos… Tal vez era todo pura alucinación, delirios de una mente que había llegado adonde sólo pueden llegar los muertos…

—Conque esto es morir —musité, dejando la jarra. Sentí ganas de reír, contemplando la mitad del dorado nivel espumoso. Sacudí la cabeza—. ¡Morir!… No, no puede ser así. Y sin embargo…, ella y yo… estamos muertos. En ese templo, mientras sonaban las campanas… ¡Era *nuestro* propio funeral! Nuestro toque de difuntos…

Y reí. Reí como un loco. El cantinero ni siquiera me hizo caso, aunque me miró indiferente. Tal vez él también se echó a reír, burlándose de sí mismo y de su muerte, cuando llegó a un sitio llamado Landsbury. Un sitio que nunca existió…

Me pregunté qué hora sería ya. Y me burlé también de eso. Hora, tiempo… Ya no significaba nada, aunque allí en Landsbury tuviesen su reloj, sus campanas, sus extraños horarios.

Ahora la frase del hombre vestido de negro cobraba un terrible significado para mí:

«Su llamada nunca llegaría a Londres o a Wolverhampton…».

Era cierto. Yo no sabía de nadie que hubiera recibido llamadas de… del Más Allá. Los muertos no telefonean. No hablan ya con los vivos.

Me pregunté dónde estaría ahora Margie.

Ella no había sabido soportarlo como yo. Aún la recordaba, contemplando con horror su cadáver y el mío, echando a correr en la noche, fuera de la iglesia, emitiendo alaridos de angustia sin límites, rebelándose contra lo inexorable…

Tal vez, estaba en alguna parte, dentro o fuera de Landsbury. Eso si se podía salir de allí, una vez dentro. Yo ni siquiera había querido preguntarlo. Me daba miedo la respuesta. Era mejor ignorar, no saber nada… Era mejor dudar, vacilar, sentirse inseguro de todo. Había convicciones terribles, demoledoras.

Me limité a ir a la cantina. No había nadie tampoco ahora. Pero al menos estaba el cantinero. Me sirvió cerveza. Sólo que ya no tenía sed. No tenía objeto beber o comer. Los muertos no comen. No beben.

¿O… tal vez sí?

La respuesta estaba ahora a mi alcance. Ahora podía saber muchas cosas. Todas, en realidad. Pero ya no servía de nada.

Me toqué el rostro. Ya no me dolía. Quizá seguía doliéndome, pero yo no experimenté sensación física alguna. Sin embargo, yo existía, me movía, pensaba… ¿Es que la muerte no era calma, quietud, reposo eterno? ¿Qué significaba verse, a la vez, dentro de un ataúd y fuera de él, moviéndose por una ciudad fantasmal?

—Margie sufrió una herida mortal —musité lentamente, en voz alta—. Pero yo… ¿por qué yo? Solamente eran heridas superficiales en el rostro. El choque no fue tan grave… ¿Cómo he podido morir de un modo tan estúpido?

Era algo que no entendería nunca. Ni importaba ya demasiado. El hombre de negro lo había dicho: Margie y yo estábamos muertos. Allí, *todos* lo estaban. Éramos dos nuevos habitantes de un pueblo de difuntos.

Pensé en ella. En mi esposa Hazel.

—Hazel… —musité—. Tú nunca podrás imaginarte algo así. Nadie lo imaginaría nunca… Estarás esperando en Londres, confiadamente…, hasta que alguien te diga que me maté en el automóvil. Encontrarán mi cuerpo… Me harán un buen funeral. Lord Peter Clemens, de la Cámara de los Lores… Condecorado por Su Graciosa Majestad… Un hombre joven, rico, prestigioso… Y Hazel Clemens, su joven y bella viuda… Seguramente ya podrá cortejarte el maldito *sir* Brian Culver… Quizá incluso se case un día contigo. Deberías comprender que ese joven no es más que un vulgar cazadotes, un vividor guapo y arrogante, que busca mujeres ricas. Tú vas a serlo, Hazel… Él tratará de enamorarte, de hacerte su esposa… Seguro que caerás en la trampa…

Estrujé los dedos sobre la mesa manchada de cerveza, con fría ira. No podía hacer nada para advertirla. Yo no podía volver a Londres y decirle que estaba muerto, que debía cuidarse ahora de no ser fácil presa de algún truhán astuto, cuando fuese dueña de la fortuna de Peter Clemens…

—¿Y qué diablos me importará a mí todo eso? —refunfuñé con disgusto—. Ya no me preocupa el dinero, ni la posición social, ni Hazel, ni su futuro… Yo estoy aquí, en Landsbury, en un mundo de sombras eternas…

Apuré la cerveza. Me incorporé. Llegué a la salida. Eché a andar por la calle empinada, bajo las amarillentas luces de gas.

—Es difícil hacerse a la idea, ¿verdad, Clemens?

Me volví. El hombre estaba bajo una farola de gas. Apoyado en ella casi con indolencia. Seguía llevando su ropaje negro. Era tan pálido y frío como en el interior del templo. Me estudiaba curiosamente. Yo parecía intrigarle.

—Muy difícil —convine—. Aún no sé si todo esto es una gran burla…

—Es una idea razonable. Todos piensan igual cuando llegan.

—Cuando llegan… —enarqué las cejas—. ¿Así se ha poblado Landsbury?

—Sí, así fue.

—Una ciudad que jamás existió, ¿no es cierto?

—Eso no sería exacto. Existió. Tal como usted la ve ahora. En cualquier guía de carreteras y caminos del año mil ochocientos sesenta, puede encontrarla fácilmente: Landsbury. Población, mil quinientos habitantes.

—Ya no figura en las guías —repliqué.

—Claro que no —echó a andar a mi lado—. Desapareció.

—¿Desapareció? —Enarqué las cejas, perplejo.

—Un pantano. Desalojaron la población. Las aguas la ocultaron al mundo.

—Ya. ¿Qué es esto, entonces? ¿Un espejismo, una copia fantasmal de la vieja Landsbury?

—No —negó—. Es la propia Landsbury.

—No lo entiendo —confesé.

—Es difícil comprenderlo. Usted no conoce la maldición, Clemens.

—¿La maldición? —Dudé.

—Alguien la formuló en Landsbury, antes de hundirse para siempre en las aguas. Cada cierto tiempo, Landsbury surgiría del fondo de las aguas, en un plano inmaterial, sólo visible para aquellos que mueren en esa noche del pueblo sumergido. Luego, al hundirse de nuevo en lo eterno, Landsbury se lleva a sus nuevos habitantes. Eso sucede cada cincuenta años, exactamente. Ésta es la segunda vez que ello ocurre.

—Y nosotros… nos quedaremos para siempre aquí —murmuré.

—Para la eternidad.

—¿Física o metafísicamente? —traté de indagar.

El hombre de negro se encogió de hombros.

—Hay preguntas que no tienen respuesta, ni siquiera aquí. Hallarán sus cadáveres, si a eso se refiere. Un cadáver no es sino un simple cuerpo mortal que ya no significa nada.

—Entiendo. No se puede salir de Landsbury, ¿verdad?

—Jamás. El que muere en sus cercanías, inexorablemente viene a parar aquí, y es bien recibido por un tiempo eterno, sin principio ni fin. Desesperarse no sirve de nada. En el mundo, Clemens, sólo la muerte es ineludible e invencible.

Caminamos en silencio. El reloj de la iglesia desgranó una lenta campanada. La una de la madrugada.

Resultaba casi irónico. Horas y tiempo… donde nada significa el tiempo.

De repente creí entenderlo. Miré de soslayo a mi acompañante en el nocturno paseo.

—¿Cuántas horas dura esto? —inquirí.

—Una sola noche. Cuando surge la primera claridad… el reloj se detiene. Y todo esto se sumerge en la niebla. No se experimenta nada. Sólo se duerme. Se reposa hasta que una nueva noche, dentro de cincuenta años, se espera que alguien más llegue aquí… a aumentar nuestro vecindario.

—Y otro toque de difuntos acoge al forastero —dije, con sarcasmo.

Me miró, pensativo. Algo en mí parecía preocuparle.

—Si —convino—. Así sucede, Clemens.

Continuamos caminando en silencio. Yo también me preocupaba por algo que no estaba del todo claro.

—Esa chica, Margie Court… —dije de pronto—. ¿Se mató al caer por el barranco?

—Sí —suspiró—. Una herida grave. Fatal. ¿La ha visto?

—La he visto —me estremecí—. En seguida supe que era extraño salvarse de algo así… Pero yo…, yo no tengo heridas graves en mi cuerpo.

—No, no las tiene —convino, encogiéndose de hombros.

—¿Entonces…? —murmuré, enarcando las cejas.

—Está muerto, no lo dude. En eso nunca hay error. Y es lo que

cuenta en su caso, ¿no?

—Por supuesto. Aun así, me gustaría saber «cómo»… Creo tener cierto derecho a saberlo, ¿no le parece?

—Es posible que lo tenga. ¿No le basta saber que encontró la muerte al estrellarse con su automóvil en la carretera envuelta en niebla?

—No —negué—. No me basta.

—Ya —se detuvo. Me miró con su mirada profunda—. Estaba seguro de que acabaría planteando esa cuestión, Clemens. Usted no es un fácil conformista.

—Nunca lo he sido. Por eso milito en la oposición —reí huecamente—. O militaba, para ser más exactos. ¿Usted tiene una respuesta?

—Sí —me dijo severamente—. Creo que sí.

—Es decir… ¿Sabe «por qué» estoy en Landsbury?

—Lo sé. Siempre sé por qué muere alguien…

—Espero su explicación, si cree oportuno dármela.

—Está bien —suspiró—. Se lo diré. Pero hubiese sido mejor ignorarlo. Hay cosas que no conviene saberlas cuando nada se puede hacer ya por remediarlas o combatirlas.

—¿Me lo va a decir de una vez?

—Sí. Clemens —me estudió con seriedad. Sacudió la cabeza al añadir—: Usted no sufrió heridas de muerte en su choque de automóvil. Fue otra cosa lo que terminó con su vida. En realidad… *alguien le envenenó a usted esta noche*…

* * *

El reloj emitió dos lentas y solemnes campanadas.

La noche fantástica de Landsbury iba avanzando inexorablemente hacia su final. En invierno amanecía tarde. Aún quedaban más de seis horas de oscuridad. Seis horas de extraña vida en el reino de las sombras, en un pueblo desaparecido hacía más de cien años. Un pueblo destinado a los muertos…

Leí la inscripción en latín, sobre el muro de piedra situado al pie de la torre del reloj.

Traduje con lentitud el texto en la lápida. El texto que explicaba

muchas cosas de aquella insólita existencia en las nieblas de lo ignorado, en una dimensión sólo reservada a los que ya no existían…

> Yo, Bernard de Hardford, monje de la abadía de Landsbury, maldigo a quienes destruyen este pueblo en nombre de unos falsos principios de civilización y progreso.
>
> Y sentencio por esta invocación a los poderes de la sombra, al tiempo que entrego voluntariamente mi vida a la parca, que sea en el futuro este pueblo un lugar reservado sólo a la eterna vida de los muertos. Y que cada medio siglo surja de la oscuridad y de la niebla de los tiempos, en una noche entera de invierno, para atraer aquí a quienes entreguen su alma a la muerte.
>
> Y aquí, en Landsbury, ciudad de muerte, moren los muertos en paz y sosiego, en una segunda vida aparente, disfrutando por la eternidad de una noche de existencia real cada medio siglo. Y que las campanas repiquen a difunto cuando nuevos habitantes lleguen, y sean éstos bien acogidos por la vecindad de difuntos que jamás podrán abandonar ya Landsbury en su nueva dimensión vital.
>
> Yo, Bernard de Hardford, monje de la abadía de Landsbury, así lo invoco de los poderes de la muerte, suprema dueña de los humanos en su destino final, y así se hará, siempre que los nuevos moradores estén definitivamente en estado letal.
>
> Landsbury, enero de 1860.

La letra menuda, latina, terminaba con la firma del monje. No había signo cristiano alguno en la inscripción. Acaso el monje, dedicado a prácticas poco acordes con su condición religiosa, no pudo efectuar su maldición con religiosidad, ya que aquella segunda y extraña vida en un lugar situado más allá de la propia muerte, no parecía conforme a la voluntad y designios del Creador.

Pensé en todo ello mientras me alejaba de la torre de piedra y de su amarillento y viejo reloj que marcaba las horas de una falsa vida en un terreno situado acaso entre el trance mismo de la vida y el definitivo de la muerte.

Si morir era descansar por la eternidad, consideré injusto que por la voluntad de alguien yo tuviera que volver a ser alguien dotado de vida, de pensamientos, de sentimientos y de aficiones humanas, durante una sola noche cada medio siglo.

—No deseo esto —murmuré para mí, irritado. Me detuve,

alzando los ojos a uno de los globos de luz de la calleja lateral en que se hallaba la torre—. Si he muerto, sea por la causa que sea, deseo seguir muerto realmente, en un reposo eterno, sin volver a la vida. Sin sentirme de nuevo dueño de mis actos, entre otras gentes que se mueven en una falsa noche de existencia irreal. En unas horas robadas acaso a la propia paz de la muerte.

Sabía que hablaba en vano. Estaba aprehendido en una extraña y remota maldición, que convertía a un pueblo sumergido en un lugar de pesadilla. Todo lo apacible y tranquilo que se quisiera, pero en contra de toda razón y de toda norma.

Era prisionero de Landsbury, el pueblo de los muertos. Era un alma o un ser, aún ignoraba dónde estaba el límite, la frontera entre lo tangible y lo etéreo, entre lo material y lo inmaterial, obligado a permanecer para siempre en aquel lugar detenido en el tiempo.

Sujeto al tañido de una campana de bronce que tocaba a difuntos. A un reloj inexorable que consumía unas horas que nos estaban prohibidas desde el momento mismo en que habíamos dejado de existir, por la razón que fuese.

Eso me llevó de nuevo a la idea increíble. A la noticia demoledora que el extraño hombre de las negras ropas me lanzara poco antes, durante nuestro paseo nocturno por las calles húmedas y silenciosas del pueblo inexistente:

Yo había muerto envenenado…

¡Envenenado!

—Es imposible… —susurré—. Imposible… Yo envenenado… Pero ¿por qué? ¿Por quién?

Moví la cabeza con desaliento. Aquello no tenía sentido. Nadie podía desear mi muerte. No había visto a nadie que pudiera ser enemigo mío. En todo el día, solamente hablé con mis amigos y colaboradores, allá en Coventry. Antes de tomar el coche, con destino a Wolverhampton, el lugar al que jamás llegué.

Mis colaboradores…

La idea me hizo detenerme en seco. ¿Era posible que alguno de ellos…?

Medité la fantástica idea, casi imposible. Mis mejores amigos y compañeros de trabajo político… Ellos nunca harían algo así. Nunca podría ninguno de ellos tres… Ni Barry, ni Roger, ni Steve…

—Oh, no, no —rechacé—. Barry Travers, Roger Howard, Steve

Harding… Tres personas de total confianza. Es por completo inadmisible. Y, sin embargo, ese hombre parece saberlo todo sobre nosotros… Y afirmó que he muerto envenenado…

Me miré las manos, los dedos crispados… Envenenado. ¿Ingerí algún veneno? ¿Me lo inyectaron? No podía saberlo. No se lo había preguntado al enigmático hombre de luto de la iglesia local.

Traté de recordar, de hacer un rápido examen de los acontecimientos de aquel día, antes de que oscureciera y chocase contra aquel árbol, después de las nueve de la noche…

Estuve en Coventry, en casa de Barry Travers y su esposa. Howard y Harding vinieron a acompañamos y preparar la campaña de la oposición, para el discurso de la próxima sesión en la Cámara.

Comimos juntos, tomamos unas tazas de té más tarde, luego unas cervezas… Todo en común, en estrecha camaradería… No recordaba sabor extraño alguno en cuanto ingerí. Tampoco dolores abdominales o cosa parecida, como era lógico suponer, tras la ingestión por vía oral de algún tóxico, rápido o lento en su acción.

Me encaminé a la cantina. Entré. El cantinero bostezó al contemplarme. Sacudió la cabeza pensativo.

—¿Tiene más sed? —indagó—. Beba lo que quiera. Es su primera noche en Landsbury. No importa que vaya a dormir tarde. Hay tiempo para descansar…

Me estremecí. Era como oír a un cadáver ambulante. A pesar de que yo fuese igual que él, resultaba aterradora aquella conformidad ante lo inexorable, aquel modo de aludir a un sueño de medio siglo, tras el cual volvería a su cantina, a servir cerveza otra vez, durante toda una noche de niebla, frío y humedad…

—Sí —dije roncamente—. Póngame una cerveza, por favor.

Y ante su mirada algo sorprendida, comencé a quitarme ropa de encima, a la luz de los globos de gas.

Me quedé en camiseta. Me contemplé el brazo izquierdo.

Lo había encontrado. Era allí. Cerca de la vena. Un pinchazo casi invisible. Como la punzada de un mosquito. Y reciente. Sólo que en enero, en aquella región, no podía haber mosquitos.

Toqué el puntito. No supe si me dolía o no. Estaba inflamado alrededor. Algo rojizo también. Era un poco más grueso que un aguijonazo de insecto. Exactamente como la fina punzada de una aguja hipodérmica…

—El veneno… —susurré—. Inyectado.

De modo que era cierto. Una inyección intramuscular. Un veneno lento. Indoloro, quizá. Un desfallecimiento en la ruta, un choque… y estaba muerto. El veneno hizo su efecto mientras conducía mi coche. Pude haberme despeñado, pero sólo choqué contra un árbol.

Me habían asesinado.

—Pero ¿quién, Dios mío? —gemí con voz ronca—. ¿Quién?

Moví la cabeza con desaliento. Nunca tendría ya respuesta a esa interrogante sutil y terrible, que me martilleaba el cerebro con intensidad enloquecedora.

Sólo que esto limitaba las posibilidades, y ofrecía una atroz realidad: uno de mis propios amigos me había inyectado el veneno en un momento de distracción.

¿Barry Travers? ¿Cynthia, su esposa? ¿Roger Howard, amigo de Hazel y mío? ¿Steve Harding, con quién me unía una vieja amistad desde los tiempos de la Universidad?

—Es increíble…, pero uno de ellos lo hizo —musité, anonadado.

El cantinero, estudiándome curioso, puso la cerveza ante mí. La ingerí de un trago, sin parar a preguntarme si sería otro producto de mi fantasmal mundo de ahora, o un líquido fresco y espumoso, perfectamente tangible. Como dijera aquel hombre misterioso, había cosas que ni siquiera allí tenían respuesta.

Volví a vestirme. Ahora sabía que existió ese tóxico inoculado en mi cuerpo. Un lento producto letal, que terminaría lentamente con mi vida, horas después de ser inyectado.

Dejé un chelín sobre la mesa. El cantinero le miró con indiferencia. En este mundo de ahora, el dinero no significaba nada. Aquella lista de precios era simplemente un viejo papel de más de cien años de antigüedad, ya sin objeto.

Pero ya que querían aquella ficción entre la vida y la muerte, la tendrían completa. Como si en realidad continuáramos con vida, en un lugar perdido más allá de las sombras de la muerte, en una dimensión irreal e imposible.

Cuando abandoné la cantina, me encontré con ella en la acera.

Estaba sentada en el bordillo. Sollozando lentamente, con la cabeza reclinada entre sus rodillas. Ahora sí miré su nuca sangrante. Con pena, con auténtica lástima. Me senté a su lado. Oprimí su

rodilla con afecto.
—Calma, Margie —dije—. Esto ya no tiene remedio…
—Lo sé —susurró—. Pero es tan terrible saber…
—¿Que está uno muerto? —Me encogí de hombros—. Sí. Lo malo no es haber muerto, sino tener conciencia de ello. No es justo. Va contra todas las leyes conocidas.
Margie levantó la cabeza. Me miró, con expresión de profunda amargura.
—Y cuando esta noche termine… ¿qué sucederá? —se preguntó en voz alta.
—Nada —sonreía—. Absolutamente nada. La muerte es eso: oscuridad, silencio eterno. Esto es lo ilógico, lo injusto. No tenemos por qué sufrir, una vez dejamos la vida. Esto es como un aplazamiento absurdo de la propia vida. Y luego se repite cada cincuenta años, por unas horas. Es como no morir jamás.
—Yo preferiría el descanso eterno —musitó ella con lentitud.
—Sí, yo también. Pero no podemos elegir. Estamos aquí, en Landsbury. Y hemos de aceptar las reglas del juego. Una vieja maldición provoca esto. Todo el que muere cerca del lugar donde una vez existió realmente este pueblo, viene a él por la eternidad.
—¿Sin evasión posible?
—Sin evasión posible —convine cansadamente, sacudiendo la cabeza. Luego, miré pensativo a la muchacha. Enarqué las cejas—. Bueno, es lo que ellos dicen…
—¿Qué significa esa duda suya, Peter? —Se intrigó ella.
—Su pregunta, Margie… La verdad es que ni siquiera lo he intentado.
—Fracasaría, ¿no cree?
—Es posible que sí. Pero si no se intenta, no se está seguro de ello… Y yo necesitaría intentarlo. Dios mío, si esto es como un trance entre vivir y dejar de existir…, sería tan importante para mí hallarme siquiera por unas horas fuera de este lugar, de regreso a la vida… Aunque luego tuviera que regresar definitivamente.
—¿Ganaría realmente algo con ello? —Dudó Margie.
—Lo intentaría, cuando menos. Margie, yo… yo he sido asesinado.
—¿Cómo? —Me miró, aturdida.
—Envenenado. No lo entiendo, porque sólo personas amigas

estuvieron cerca de mí. Sólo cabe que alguien me traicionase, que por alguna oculta razón que no se me alcanza, uno de mis propios camaradas resolviera inocularme un lento veneno mortal…

—¿Y si no puede salir de aquí en modo alguno?

—Tendré que resignarme, Margie. Pero no es justo vivir esta incertidumbre cuando tengo al menos el derecho a descansar tranquilo…, sin sentir nada de nada…

—Tal vez salir de aquí… signifique solamente eso: ser un cuerpo sin vida, tendido en una carretera, Peter.

—Aunque sea eso. Lo prefiero, Margie.

—Si se va… me quedaré sola aquí y, en este horrible lugar… —tembló ella. Me miró intensamente, con una triste sonrisa—. Me había hecho a la idea… pero a su lado. Cerca de usted, Peter. Es mi único amigo aquí…

—Gracias, Margie —contemplé con afecto su bonito rostro de muchacha en la plenitud de su joven vida. Y sin embargo… Traté de olvidar eso. Y añadí luego, rotundo—: Verá. Vamos a intentarlo. Los dos.

—¿Cómo? —Se asombró.

—Los dos, Margie. Vamos a intentar salir de aquí. Ahora mismo —dije, decidido.

La tomé de una mano. La hice ponerse en pie. Nos alejamos calle abajo, con paso rápido y seguro. Hacia el lugar donde un indicador de madera me señaló, a mi llegada, la presencia del pueblo fantasmal surgido de la nada…

CAPÍTULO II

Debo decir que, cuando menos, lo intentamos. Ella y yo.

El fracaso no fue culpa nuestra. Un fracaso parcial, pero cierto. Me dolió. Sólo que no pude hacer nada. Cuando lo intenté ya era tarde.

Demasiado tarde para volverse atrás. Demasiado tarde para rectificar.

—¡Peter! —clamó ella angustiada, pálida y solitaria en la neblina que se cerraba súbitamente en torno de ella.

—Margie, lo… lo siento —exclamé, angustiado también—. No puedo…, ¡no puedo hacer ya nada!

Y era cierto. No podía hacer nada. Ya no estaba en mi mano.

Juntos habíamos llegado hasta el lugar donde se alzaba el poste de madera a la entrada del pueblo. Entre una cerca de un viejo establo y un muro de ladrillo, recubierto de oscura hiedra.

Leí el nombre en caracteres góticos: «Landsbury».

Más allá, la noche volvía a ser tenebrosa, húmeda y fría. La niebla se espesaba otra vez, borrando los contornos del camino. Era lo desconocido, lo ignoto. La senda que, tal vez, no conducía a ninguna parte…

Yo avancé con cautela, tirando de la mano helada de Margie. Tropecé con el poste de sólida madera. Sentí un escalofrío. Era el momento supremo. Intenté seguir adelante.

Y lo conseguí.

El poste quedó atrás. Por un instante, pensé que lo había logrado. El pueblo se quedaba a mis espaldas, con sus difuntos deambulando bajo las farolas de gas de sus viejas calles.

Tiré de Margie, con un jadeo de esperanza, de júbilo, de ímpetu decisivo.

Y no resultó.

Los dedos de Margie resbalaron entre los míos. Quise asirla, y no

me fue posible. Traté de encontrar nuevamente su mano en la niebla. No toqué nada sólido. Me volví, desesperado. Un gemido flotó en las brumas.

Margie era una máscara bella y pálida, moviéndose fantasmal en aquel amasijo grisáceo y gélido. Intenté volver atrás. Ella se alejaba. Volvía a Landsbury. A su ciudad de la muerte. A las calles que no existían. A un mundo o una dimensión prohibida para los vivos.

—No, Peter… —la oí sollozar—. No pudo ser… Yo… yo pertenezco ya a este lugar… y nada ni nadie puede sacarme ya de él…

—Margie… —susurré angustiado—. Oh, no. Teníamos que marcharnos los dos…

—Es… es imposible —me dijo. El poste se alzaba entre ambos. Parecía tan próxima y, al mismo tiempo, tan increíblemente lejana… Vi sus manos tendidas, como despidiéndose de mí—. No sé cómo lo has conseguido. Pero vete, Peter. Vuelve al mundo de los vivos. A tu Londres, lleno de luces, de vida y de ruidos. Junto a tu esposa. Y cuando un día hables en la Cámara nuevamente, recuerda a una muchacha llamada Margie. Una muchacha que se quedó en el otro lado… y que te recordará siempre también. Cuando menos… una noche cada cincuenta años…

—Margie… —dije, intentando volver.

Y supe que no podía. La niebla se agitaba, rechazándome, enroscándose en mi cuerpo como algo viscoso y vivo. Aun a mi pesar, en contra mía, iba retrocediendo, retrocediendo siempre. Alejándome de Margie Court y de Landsbury.

—No, Peter Clemens —sonó una voz profunda y grave, allá en las brumas oscuras—. Has elegido otro camino y, por el momento, tienes derecho a ello.

Miré, angustiado, hacia la alta sombra oscura, de ropas negras, de rostro anguloso y pálido. El hombre de la iglesia. El misterioso caballero enlutado de Landsbury. Ni siquiera sabía quién era. Tal vez nunca lo supiese ya.

—¿Por qué? —gemí—. ¿Por qué yo?

—Lo has intentado —me respondió—. El ser humano lucha siempre por sobrevivir. Y mientras un soplo de vida queda en el cuerpo, la Muerte no llega a ser la dueña total de ese ser. Existe el momento de tránsito. El breve tiempo de unos minutos o de unos

segundos en la vida de un hombre. Pueden ser unas horas aquí, en Landsbury…

—El tránsito… —susurré, como un escalofrío. Y creí entender—: ¿Landsbury?

—Es posible —sonrió, encogiéndose de hombros—. Lo cierto es que estás envenenado, Peter Clemens. Intentaron matarte. Agoniza tu cuerpo en estos momentos. La iglesia de Landsbury toca a difuntos por ti. Es el primer toque. Luego llegará el auténtico funeral. Cuando doblen a muerto por segunda vez, las campanas de la torre señalarán tu final.

—Eso significa que… que aún no estoy muerto —dije con voz ronca.

—Ni tampoco estás vivo —me recordó él—. Sencillamente, luchas por vivir. La Muerte quiere su presa. Tu instinto vital se resiste. Está por ver quién vencerá, si tú… o el veneno en tu cuerpo.

—¿Y… y ella? —señalé a Margie, que ya era simplemente una leve sombra borrosa, perdiéndose en la niebla, con la mirada patética fija en mí.

—Ella ya pertenece a la Muerte, Clemens. Ella no lucha. Su cuerpo yace en algún lugar, en el umbral mismo de las tinieblas eternas. No hay resistencia en Margaret Court, inerme ante las sombras que avanzan hacia ella. Está en pleno tránsito hacia lo irremediable… y ya no puede salir de aquí.

—Tal vez regrese aún —dije con voz rota.

—Claro —sonrió el hombre de negro, pálidamente—. Tal vez regreses, Clemens. Si pierdes tu batalla, Landsbury reclamará a su vecino. Entonces volverás, antes del amanecer, a sumergirte con nosotros en lo eterno… Ahora, puedes irte. Tienes un corto tiempo ante ti. Y una vida por la que luchar: la tuya. Aprovecha ese tiempo.

La niebla se espesaba tanto que borró incluso los contornos de ellos dos. Yo traté de hacer algo aún: rozar las manos de Margie, despedirme de ella, tal vez para siempre…

Corrí hacia sus figuras ya difuminadas, perdidas en la niebla.

Sólo encontré niebla. Me debatí furiosamente en las brumas grises y pastosas. No encontré a Margie. Ni al hombre. Ni siquiera el poste. Me moví torpemente, de regreso a Landsbury.

No había nada. Ni un edificio. Ni una calle. Ni una luz. Nada, salvo niebla alrededor mío. Niebla por todas partes.

Di un grito. Corrí sin rumbo fijo, sabiendo que era inútil haber escapado de aquel pueblo fantástico. Preguntándome, incluso, si alguna vez estuve realmente en un lugar llamado Landsbury…

No había más que niebla, niebla espesa en torno mío, envolviéndome como un helado sudario pegajoso.

Luego, de repente, sentí que perdía el pie. Caí en algo oscuro e insondable. Sufrí un golpe. Perdí la noción de todo. Me hundí en la inconsciencia total, absoluta.

Quizá allí mismo donde, en otro plano ya inalcanzable, estuvo Landsbury alguna vez. Y seguía estando, sólo para los forasteros que llegaban allí a escuchar su propio toque de difuntos…

CAPÍTULO III

Me dolía mucho la frente. Y la nariz…

Toqué mi rostro torpemente. Aún sangraba un poco. El dolor era insoportable…

Miré en torno mío.

Las luces del coche, el árbol, los arbustos, la niebla que había cedido considerablemente en torno…

Sacudí la cabeza. Me incorporé a medias. Contemplé mi pierna. El pantalón aparecía desgarrado. Y la piel arañada por los hierros retorcidos de la portezuela del coche, abierta y rugosa, por la que sin duda fui despedido al exterior.

El *tablier* aún tenía luz, aunque difusa. Los faros amarillos se amortiguaban por momentos, con una claridad macilenta. Las baterías del coche tocaban a su fin, y pronto sólo habría allí oscuridad.

Logré ponerme de rodillas en el blando, húmedo suelo. Traté de entender algo. Mis manos sufrieron arañazos, al posarse en los matorrales cercanos, para tomar un impulso y erguirme.

Estudié el lugar. Era el mismo. Allí me estrellé contra el árbol. El sendero secundario del desvío, el suelo mal asfaltado, con grietas… Un talud a un lado, un barranco al otro. Y la maldita niebla…

Logré ponerme en pie. Me apoyé en mi propio coche. Traté de serenar mis ideas. Recordé el frasco de *scotch* que acostumbraba a llevar en el *tablier*. Lo busqué. Estaba allí. Tomé un trago. El líquido me dio ánimos. Sentí su calor en el estómago. Tosí, volviendo a beber casi con deleite.

Borrosamente, algo acudió a mi mente ahora.

Landsbury. El toque de difuntos… Y Margie.

—Cielos… —me dije en un murmullo—. Qué absurdo sueño, qué alucinación ridícula… Una ciudad que no existe, un mundo de muertos… Y un sueño de medio siglo, hasta gozar de otra noche de

ficción, viviendo más allá de la muerte, a la espera de otros para la eternidad…

Me reí de mí mismo y de mis fantasías. Luego, dejé de reír. Contemplé la niebla que formaba un borroso velo en torno. Me pregunté qué hora sería. Y contemplé el vidrio roto de mi reloj inmóvil en una hora: las nueve y escasos minutos…

Rápido, me remangué la camisa, tras tirar mi chaqueta a un lado. Miré el brazo izquierdo a la claridad difusa de la luz de mandos. Un escalofrío de horror erizó mis cabellos en la nuca.

Allí estaba. El puntito menudo, rodeado de una zona inflamada y rojiza de la piel. La señal de la aguja hipodérmica. La inyección mortal.

El veneno…

Un sudor helado corría por mi rostro. Yo había visto otra vez aquella señal en mi brazo izquierdo. En otra parte… A la luz de gas de una cervecería inglesa de 1860… En un lugar imposible llamado Landsbury…

Bajé la camisa. Sentí que todo daba vueltas en torno mío.

—¿Es esto posible? —gemí—. ¿Ha ocurrido realmente todo eso? ¿He vuelto…, he vuelto yo de Landsbury… o todo lo soñé, y este aguijonazo forma parte de mi sueño delirante?

Me contemplé en el agrietado retrovisor de mi coche. Era como un fantasma. Una faz lívida y penosa, tambaleante y ensangrentada. Eso era yo en estos momentos.

Retrocedí con horror. Di unos pasos, muy pocos. Unos arbustos se enredaron entre mis piernas. Caí de bruces, dando tumbos sobre los ramajes. Maldije entre dientes. Iba a incorporarme, separando mi dolorido rostro de entre los arbustos, metido en un suelo fangoso y desigual, junto al barranco…, cuando las luces del automóvil aparecieron allí, ante mí.

Barrieron la carretera vecinal. Se pararon en mi coche, inmovilizándose por completo, redondas y muy blancas. Eran los faros de otro automóvil. Oí el chirrido de unos frenos manejados bruscamente por alguien.

Esperanzado, me dispuse a salir de mi escondrijo. Al fin veía a alguien. Alguien que no pertenecía a una ciudad de difuntos. Alguien que manejaba un coche, que proyectaba la luz de unos faros sobre mi automóvil siniestrado…

No sé qué fue lo que me indujo a quedarme quieto repentinamente. A demorar mi salida, a la espera de acontecimientos. Quizá fue el instinto, quizá un presentimiento extraño, ajeno a mi propia voluntad.

Lo cierto es que, en principio, no me moví del lugar donde cayera. Con el rostro pegado al barro y los arbustos, contemplé el automóvil que acababa de detenerse ante el mío. Tenía algo súbitamente familiar aquel «Aston Martin» rojo oscuro, color guinda, de bellos cromados en sus portezuelas.

Yo conocía ese automóvil.

La portezuela se abrió. Un hombre ágil saltó a tierra. Vi a la luz de los faros las piernas elásticas, moviéndose con rápida y segura zancada hacia mi automóvil. Tampoco aquel pantalón *tweed*, color canela, aquellos zapatos marrón, de suela de crepé, me resultaban desconocidos en absoluto…

Elevé los ojos. El reverbero de la luz de los faros era demasiado intenso. Aun así, se silueteaba limpiamente la figura esbelta, de suéter «Shetland» *beige*, de cabellos rubios algo largos…

Una sacudida de horror agitó mi cuerpo.

—¡Howard! —susurré—. Es… *es mi amigo Roger…* Roger Howard…

Pensé que tal vez todo esto era casual. Que había venido tras de mí por alguna razón. Que había tropezado con mi coche accidentalmente. Resultaba raro, pero quería aferrarme a cualquier esperanza, a cualquier posibilidad de que un amigo, un camarada, un colaborador leal, tan amigo mío como de Hazel, no llegara a ser… *un asesino*.

Se detuvo junto a la portezuela abierta. Miró al interior. Oí una sorda imprecación entre sus labios. Luego, se irguió. Dirigió una ojeada pensativa en torno suyo. A la noche, a la oscuridad…

—¡Peter! —llamó—. ¡Eh, Peter!… ¿Dónde te has metido?

Esperé, tenso. Mordiendo mis labios. Impaciente, pendiente de cada movimiento suyo…

Le vi avanzar decidido hacia donde yo estaba. Temí que hubiera descubierto el bulto de mi cuerpo entre los arbustos. Pero me equivocaba.

Se detuvo a cosa de dos yardas de aquellos ramajes, y escudriñó la oscuridad. Llamó de nuevo:

—¡Peter! ¡Peter, responde!…

No dije nada. No me moví. ¿Era imaginación mía o su voz sonaba dura, fría, como hostil y agresiva?

Le oí maldecir entre dientes. Caminó rápido hacia su automóvil. Se inclinó sobre la portezuela abierta. Le oí remover entre objetos del *tablier*. Cuando se irguió de nuevo, centelleó en su mano la luz de una lámpara eléctrica.

«Mal asunto», pensé. Si buscaba con la lámpara en torno al lugar del suceso, terminaría por dar conmigo. Yo clavé los ojos en su coche color guinda. Una idea alocada pasó por mi mente.

Todo dependía de mi astucia, de mi agilidad y de mi cautela. Pero tenía que hacer algo. E iba a hacerlo, a todo riesgo.

Sentí una especie de repentino mareo. Mis ojos vieron luces rápidas, bailoteando en la oscuridad. Un frío espasmo atacó mi pecho. El corazón me palpitó con repentina fuerza.

Recordé, angustiado, con un escalofrío.

El veneno…

¿Empezaba a surtir ya su efecto definitivo? ¿Iba a morir precisamente ahora?

Fue una sensación pasajera. Lámpara en mano, Howard venía ya hacia mí. Yo empecé a reptar, moviéndome lejos de los arbustos para no producir ruido al rozarlos. Me deslicé en sentido opuesto al que él se movía. Mientras Roger Howard iba en mi busca, yo rodeaba el lugar… en busca de su coche.

—¡Peter! —Le oí llamar, con voz más potente—. ¡Peter! ¿Dónde estás metido? ¡Responde! ¡Soy yo, Roger, tu amigo! ¡Roger Howard, Peter!

No le contesté. Era lo último que pensaba hacer, en tanto no comprobase suficientemente su inocencia en mi envenenamiento. Él llegó a los arbustos. Su linterna barrió aquel lugar, llegando incluso adonde yo estuve oculto. Masculló algo. Se aventuró, pisando entre los ramajes. Sus palabras me llegaron claramente:

—¡Sangre! ¡El maldito Peter estuvo ahí alguna vez… y ha debido alejarse! ¡Tengo que dar con él!

«El maldito Peter…». No, no era nada alentador escuchar ese modo de referirse a mí. Howard no parecía, después de todo, mi amigo de siempre. Le vi hundirse en la oscuridad, entre relampagueos de la raya de luz blanca de su linterna. Yo corrí,

procurando no tocar con mi faz ensangrentada el suelo, para no dejar huella alguna, reptando hada el coche.

Alcancé el «Aston Martin» rojo cuando Howard aún no había reaparecido en el claro. Probé la portezuela posterior. Cedió a mi esfuerzo. Me metí en el compartimento posterior del coche. Cerré tras de mi suavemente, y me tendí cuan largo era entre el respaldo del asiento delantero y el asiento de atrás, sobre el suelo tapizado.

Al entrar, apenas si una fugaz mirada al reloj del *tablier* fue todo cuanto se me ocurrió hacer.

Con un escalofrío, vi la hora que marcaba: las tres y veinte de la mañana…

El tiempo parecía coincidir exactamente con el viejo reloj amarillo de una torre de campanario, allá en algún lugar, fuera del tiempo y de la vida misma…

Roger Howard no tardó en volver. Venía sucio de barro, maldiciendo entre dientes. Se metió en el coche, poniéndolo en marcha con brusquedad. Viró, haciendo maullar los neumáticos, y dio media vuelta, alejándose de allí a buena velocidad.

Yo, agazapado atrás, sin apenas producir ruido ni con mi respiración entrecortada, me pregunté adónde se dirigía ahora, y cómo terminaría aquella aventura demencial.

El corazón volvió a palpitarme con fuerza. Sentí una corta punzada. Las lucecillas volvieron a su bailoteo ante mis ojos.

El veneno seguía su proceso implacable. Hasta que volviese a Landsbury, consumido mi tiempo…

Roger Howard no había encontrado mi cadáver, como esperaba sin duda. Pero nada tampoco le podía probar que yo estuviese vivo, si sabía lo del veneno. Sencillamente, un hombre herido en accidente de automóvil había tenido fuerzas para salir del coche y alejarse en la noche.

Pero llevaba la muerte consigo, y mi asesino sabía que no podía llegar muy lejos. Si Howard era culpable, no tenía nada que temer en estos momentos.

Observé, sin embargo, que aceleraba por momentos. Iba a alguna parte, y con prisa. Ignorando que yo, Peter Clemens, iba tras él, separado solamente por el respaldo de un asiento.

Ignorando que un hombre en las fronteras de la muerte, seguía luchando por sobrevivir.

Y que esa lucha era lo único que impedía ya que Peter Clemens fuese simplemente un cadáver, un hombre sin vida. Un habitante más de un pueblo perdido en la niebla y en la oscuridad de lo eterno…

* * *

El automóvil se detuvo tan bruscamente como arrancara del lugar del accidente.

Mi cuerpo estaba dolorido de tan forzada postura. Era casi media hora de forzada posición. Su frenazo brusco me alivió. Tal vez bajaría del coche, y yo tendría ocasión de estirar un poco mis ateridos miembros.

En efecto. Roger Howard abrió la portezuela. Saltó afuera. Le oí pisar un sendero de gravilla húmeda. Su calzado crujía en aquel terreno. Me resultó familiar el sonido. Yo conocía aquel sitio.

Traté de pensar. Treinta minutos, a aquella velocidad… Cosa de cuarenta millas como máximo. Treinta, como mínimo. Teniendo en cuenta el posible lugar del accidente, estábamos tal vez cerca de Stoke, si la marcha había sido hacia el norte. O en las inmediaciones de Stafford, si fue hacia el sur…

Stoke, sin duda. Allí, Roger Howard tenía una casa propia. Con suelo de gravilla. Vivía solo.

Sin embargo, no estaba solo. No ahora. Oí otras pisadas. Una voz ronca, un ahogado murmullo, sonó en la noche, no lejos del automóvil.

—¿Y bien? ¿Todo resuelto?

—Supongo que sí —respondió Howard—. Encontré el coche. Se estrelló contra un árbol.

—¿Dónde?

—En el desvío, a unas treinta y cinco millas de aquí.

—¿Muerto?

Aquella voz me era familiar por alguna razón. Pero su tono era tan apagado, que no pude identificarla. La respuesta de Howard me heló la sangre en las venas:

—Espero que sí.

—¿Qué quieres decir? ¿No encontraste el cadáver?

—No. Encontré huellas de sangre. Debió salir del coche, malherido.

—¡Te dije que buscaras hasta dar con él! —Era un jadeo furioso el que alcanzó borrosamente mi oído.

—Lo hice. Pero era un terreno difícil y con barrancos. Debió caer a alguno. Además, ¿qué puede preocuparte? El veneno que lleva encima le matará, de cualquier modo. Herido y con ese tóxico, ya habrá fallecido, sin duda, aun no despeñándose fatalmente. Todo está hecho. Peter Clemens ya no existe, estoy bien seguro de eso.

Era alucinante. Allí estaba un buen amigo mío, Roger Howard. Hablando de mi muerte con deleite, complacido. Con alguien que también era cómplice suyo en el asesinato inverosímil.

Y yo… yo era la víctima.

Hubiera querido localizar aquella voz que me parecía conocida, saber a quién pertenecía realmente, pero ello me resultaba imposible. Sólo sabía que era la de un hombre a quien escuché más de una vez, hablando cerca de mí. Sí, pero ¿quién?

Howard tenía un compinche. En un hombre de su condición social, todo esto resultaba tan sorprendente, tan monstruoso, que no lograba entender qué estaba sucediendo allí. Qué horrenda, inaudita trama mezclaba a un hombre como mi amigo Roger con un asesinato, en la muerte de una persona como yo, cuya muerte sólo podía interesar al Gobierno, suponiendo que una Cámara de Su Majestad llegase alguna vez a recurrir a semejantes procedimientos para silenciar a la oposición. Lo cual, aparte de su nada democrático cariz, se escapaba por completo a toda lógica. Yo no me podía imaginar ni en sueños a unos fieles servidores de la política del núm. 10 de Downing Street, planeando fríamente el asesinato del líder de la oposición en la Cámara. Y creo que nadie en su sano juicio lo hubiera hecho.

Pero entonces… ¿por qué? ¿Qué oculto sentido tenían aquellos hechos inverosímiles y fantásticos, fuera de toda razón?

—Está bien, Roger —habló el desconocido personaje, cuya voz tan conocida no podía identificar ni subconscientemente—. Vamos adentro. Hablaremos de eso los tres. Y decidiremos al respecto. Lo importante es que Peter debe estar ya muerto…

Los tres.

Sentí que todo daba vueltas en torno mío. Y eso no era el

veneno. No podía serlo. Era una sensación personal, interior, profundamente íntima. Un mareo, una náusea quizá.

No sólo estaba Howard implicado en el asesinato. No sólo tenía un cómplice a quien yo estaba seguro de conocer bien. No. Eso no era todo, con ser mucho.

Había otro. Un tercer personaje.

Eran tres las personas que decidieron matar fría y deliberadamente a un hombre llamado Peter Clemens. Lord Peter Clemens, miembro de la Cámara. Condecorado por Su Majestad personalmente. Amigo de ministros y de políticos importantes. Una personalidad en el gran mundo londinense.

Asesinado.

¿Por qué? ¿Por quién?

Incluso el gran fantasma de mis pensamientos se diluía, como algo perdido en la niebla de aquella noche alucinante. Landsbury…

Landsbury y sus calles empedradas a la usanza de 1860. Landsbury y sus luces de gas, sus cantinas de techo artesonado, su inefable Albergue del Jabalí Azul. Su iglesia con una vieja torre y un anticuado reloj…

Y Margie.

Me rebullí en el interior del automóvil. Ellos se alejaban. Sus pasos, sobre la fina gravilla mojada por la noche húmeda, se perdían en la distancia, hacia la casa. Murmullo de voces apagadas llegaba a mis oídos.

Quizá tendría tiempo de relajarme en mi incómoda posición. Logré erguirme, mirar por el borde inferior de la portezuela posterior.

Sí. Era la casa de Howard. Allá, al fondo, se alzaba su forma oscura, la edificación del anexo, otro automóvil parado ante la puerta abierta del garaje… Y había luz en una de las ventanas. Luz rosada, diluida por una cortina translúcida, que no permitía apreciar detalles interiores.

Oí una puerta que se cerraba. Abrí la portezuela del automóvil. Salí del «Aston Martin» color guinda, cubierto de polvo y de salpicaduras de barro. Caminé, cauteloso, pegado a la valla del jardín, sobre el húmedo césped, que parecía suave esponja bajo mis pisadas.

Dentro de la casa sonaban voces apagadas, rumor de pasos,

puertas que se cerraban, un suave tintineo de vidrios entrechocando…

Los asesinos bebían. Celebraban el triunfo final sobre su víctima. Yo, Peter Clemens, estaba muerto sin duda. Me pregunté cómo era posible que no lo estuviera. Si durante mi inconsciencia de unas horas todo había sido real, estuve en el pueblo fantasmal, el de los seres muertos. Como un muerto más. Vi mi cadáver en un ataúd, en el túmulo funerario, mientras las campanas repicaban a muerto.

¿Qué diablos había pasado para que el «tránsito», la zona de sombras entre la vida y la muerte hubiera sido un salto atrás, de nuevo a la vida?

El hombre enlutado dijo que, cuando menos, yo luchaba por sobrevivir. Y luchar era algo. Significaba seguir con vida, aunque fuese pendiendo de un débil hilo a punto de quebrarse en cualquier momento.

Yo luché, es cierto. Y volví. ¿Eso era todo? ¿Por qué la muerte no cobraba aún su presa, y yo deambulaba por el mundo de los vivos, con el veneno dentro de mi cuerpo? ¿Qué era lo que les había fallado a los tres asesinos?

Si alguna vez, realmente, yo estuve en un lugar llamado Landsbury…, ¿qué fue lo que, en realidad, me arrancó de él, devolviéndome a mi propio mundo por unas cortas horas?

Claro que había una respuesta más sencilla a todas esas oscuras incógnitas: *Landsbury nunca había existido*, salvo en mi febril imaginación.

Aquel lugar perdido en la bruma de la Nada, aquella muchacha llamada Margie, aquellos vidrios emplomados, con amarilla luz de gas tras de ellos, aquellas callejas empinadas, de suelo empedrado, surgidas de un sueño mortal de medio siglo, ¿eran algo más que un simple producto de mi mente delirante devorada por la fiebre, la angustia y el dolor?

Evidentemente, no. No podía ser. Cosas así no suceden nunca. Los humanos vivimos en un ámbito donde todo tiene su lógica y su razón de ser. Cuando dejamos de existir, una oscuridad total, el silencio y el olvido, nos esperan por una eternidad. Imaginar otras cosas es simplemente soñar.

Pero los moribundos sueñan, los enfermos deliran, los que sufren fiebre o dolor imaginan cosas que nunca existieron.

Mi caso no podía ser diferente. Ahora lo comprendía. Landsbury y su gente increíble, su comunidad de vecinos ya muertos, no podía existir. Esa «otra» dimensión que yo imaginé, era simplemente eso: imaginación.

Pero ¿por qué vi la punzada mortal en mi brazo? ¿Por qué supe lo que nunca hubiera podido imaginar o sospechar? ¿Por qué volví a la consciencia en el enfangado sendero, entre la niebla, cerca de mi coche siniestrado, sabiendo que estaba envenenado, que habían intentado asesinarme y que, por desgracia, ya sólo era cuestión de tiempo consumar su siniestro plan homicida?

¿Por qué?

Era la gran incógnita, el tremendo interrogante para el que yo no tenía respuesta…

Casi ni me había dado cuenta. Pensando en todo esto, estaba junto a la casa y no lo había advertido. Un muro de oscuros ladrillos y hiedra trepadora, rozaban mi espalda. Ante mí, la luz del mirador de la planta baja, era un rosado cuadriculado asomado a la noche sombría, húmeda.

Me detuve. No debía arriesgarme más. Estaba demasiado cerca del lugar donde sonaban las voces amortiguadas, sólo salpicadas de alguna que otra voz más alta, como irritada, y de secas y bruscas imprecaciones en las que me pareció identificar el timbre de voz de Roger Howard.

La segunda voz, pausada y grave, era la de su misterioso interlocutor en el jardín y había una tercera, pero de esa solamente capté un vago, diluido murmullo, imposible de reconocer, ni tan siquiera de oír con nitidez.

Luego, de repente, llegó el alarido.

Un alarido estridente, agónico, que heló la sangre en mis venas.

Llegó del interior de la casa. Luego, hubo un estrépito seco, algo se desplomó con sordo impacto, capté un estallido, y con un fogonazo azul, la luz rosada se extinguió, quedándose todo el mirador totalmente a oscuras y en el más impenetrable de los silencios.

Me quedé rígido, como petrificado. El sudor frío de poco antes, empapaba ahora mi piel y mis ropas. Y parecía hielo viscoso, adhiriéndose como una babosa interminable, a todo lo largo de mi piel.

Dentro de la casa hubo como un rumor de pisadas rápidas, un murmullo de voces excitadas e inaudibles, una serie de choques y roces bruscos… Baloteó el resplandor redondo de una luz azulina, brincando tras las cortinas, como una luciérnaga borracha. Luego, la oscuridad fue absoluta. Y el silencio también.

Tenía que hacer algo. Las gotas de gélido sudor colgaban de mis cejas como un festón helado, o goteaban luego sordamente en mis manos y rostro. Noté que mis piernas temblaban. Y también mis manos. Mi corazón palpitaba violentamente. Si el tóxico había llegado a diluirse totalmente en la sangre, estaba perdido. La arteria vital no soportaría ya mucho tiempo aquel trabajo demoledor.

Pero de momento, iba resistiéndolo aceptablemente. Cuando menos, aún estaba en pie, respiraba y era dueño de mis actos y de mis pensamientos. Aunque debía reconocer que estaba asustado. Terriblemente asustado.

Al fin, decidí que tenía que hacer algo. El automóvil oscuro, parado ante el garaje anexo, era una tremenda amenaza latente para mí. Los personajes reunidos allí dentro tenían que abandonar la casa, tarde o temprano.

Ése era el coche con el que, sin duda, habían acudido a la residencia de Roger Howard, a reunirse con mi amigo. Y llamar mentalmente «amigo» mío a Howard, ya resultaba de por sí un amargo y lamentable sarcasmo…

De modo que tal vez fuese mejor meterse en la casa, buscar en ella un refugio y esperar. Mi estado físico actual no era el más adecuado para enfrentarse a tres adversarios. No he sido nunca un hombre de acción, aunque tampoco uno de esos aristócratas británicos hechos solamente al noble deporte de ingerir el té de las cinco y jugar una apacible partida de *cricket*. Mis músculos son fuertes y elásticos. Sólo que… estaba herido, débil, cansado… y con un veneno mortal circulando por mis venas. Demasiado, para enfrentarse a un grupo de asesinos confabulados.

Encontré una pequeña puerta de servicio, en un ángulo del muro de ladrillo recubierto de frondosas enredaderas oscuras. La accioné, y cedió a mi presión. Me metí dentro del edificio. Un confortable corredor, de temperatura acogedora me recibió con sus sombras y su larga extensión, que hacía recodo al fondo, donde el leve resplandor de la noche con los faros encendidos del «Aston Martin»

color guinda resplandeciendo allá fuera, señalaba la existencia de esa esquina.

Tras ella, todo era incógnito para mí. Pero avancé en esa dirección, en tanto en alguna parte de la casa sonaban pasos precipitados, un seco y ahogado portazo, y el apagado murmullo de voces entrecruzadas.

El silencio volvió a ser total. Me moví despacio, lleno de cautela, corredor adelante… Mis ojos se esforzaban por escudriñar la sombra, y estaban ya tan habituados a ello, que no les resultaba empresa demasiado difícil, a fin de cuentas.

Afuera, ocurrió algo súbitamente. Roncó un motor. Me precipite, rápido, a una ventana del pasillo, provista de cortinas color malva. Alcé una de éstas, miré al exterior…

El automóvil oscuro, que posiblemente era azul marino, y sin duda alguna un sólido «Austin», se alejaba, tras una rápida maniobra, enfilando la salida de la residencia. Sus neumáticos hicieron chirriar agriamente la gravilla, mientras se deslizaban veloces en dirección a la puerta de la valla.

Hubiera sido vano empeño detener aquel vehículo de oscuro interior sin luces, mientras los faros barrían cegadores los contornos de la casa de rojos ladrillos y parduscas hiedras trepadoras. Además, antes de que pensara siquiera seriamente en tal posibilidad, el vehículo se había perdido definitivamente en la noche.

Sin duda, la entrevista había terminado en agria discusión. Los visitantes se ausentaban de la vivienda de Roger Howard. Pero ¿dónde estaba Howard? Su coche color guinda permanecía allí fuera, parado ante el edificio. Dentro de la casa no sonaba voz o ruido alguno.

Me moví en la misma dirección que antes. Mentalmente, supe que lo hacía en el sentido conducente a la estancia que correspondía al mirador iluminado que se apagara de súbito. Quizá allí encontrase una explicación a los últimos hechos acaecidos.

Cuando menos, las fuerzas se habían dividido. Ya no era tan peligroso aventurarse en el interior de la residencia de Howard. Como máximo, eran dos mis enemigos actuales bajo aquel techo. O acaso solamente uno.

Tardé poco tiempo en saber que no era ninguno. Justo lo que tardé en llegar al gabinete donde ardía el alegre fuego confortante,

llenando de suaves resplandores anaranjados la amplia estancia empapelada, de suelo de moqueta roja, muebles rústicos, dos escalones conduciendo a un nivel más elevado, que formaba la mitad de la estancia, y techo artesonado, a la usanza de las tradicionales viviendas inglesas campestres.

Había una lámpara derribada en un rincón. Fragmentos de vidrio curvo, de una bombilla eléctrica, crujieron en la moqueta, bajo mi calzado. También vi volcada una mesita con un cenicero, un par de vasos quebrados, derramando licor oscuro en el suelo, y dos taburetes de madera labrada toscamente.

Más allá, ante el fuego, estaba el hombre.

Me incliné ante él. No necesité otra luz que la espectral y rojiza de las llamas que lamían, crepitantes, los oscurecidos leños de madera resinosa, en la chimenea. Era suficiente para descubrir el horror.

El hacha de largo mango y agudo filo, propia para cortar troncos de leña, seguía hincada a medias en mitad de su rostro, y verticalmente. Es decir, el corvo filo hendía desde el nacimiento de su frente hasta su labio inferior, partiendo en dos todo el frontal, la nariz y la boca, en medio de un espumeante y horrible alud de sangre.

Los ojos desorbitados, azules, me miraron vidriosos, sin ver nada, a ambos lados de la hoja azulada y centelleante de la hoja de acero sangrienta, incrustada en su cráneo de modo brutal.

Roger Howard estaba muerto. Además de la sangre oscura y espesa, trozos amarillentos de su masa encefálica asomaban por ambos lados del filo del hacha…

TERCERA PARTE

CUANDO DOBLAN A MUERTO

CAPÍTULO PRIMERO

El *brandy* me gusta bastante. También el *scotch* de buena marca.

No busqué siquiera el *brandy*. Encontré antes el *whisky* escocés, y me decidí por él. Era una marca con veinticinco años de antigüedad. Suficiente para asimilar cualquier mal trago, por duro que éste fuese.

Me sentí mejor después del tercer trago, que dejó oscilando el nivel de su contenido, vertiginosamente en descenso. Dejé la botella a un lado, y me enjugué el sudor en la misma toalla en que lo hiciera con la sangre de mis heridas faciales, bajo la cruda luz del aseo de Howard.

El espejo no fue piadoso conmigo. Me devolvió una imagen amarillenta, convulsa y ojerosa del joven bien parecido que fuera Peter Clemens. Pero sin duda era la mía en esos momentos, y no había sino aceptar las cosas como eran, me gustasen o no.

El calor del buen escocés en mi estómago me dio ciertos alientos, aunque no muchos. Me moví hasta quedar bajo el chorro de la ducha. Aún vestido, y con aquella endiablada noche, fría y pegajosa, me metí en el repentino alud de agua fría que hice brotar por sus orificios. Empapé mi cabello, mi rostro, mi nuca, y parte de mi camisa y mi americana. Pero me sentó bien, y eso era suficiente en estos momentos.

Incluso tuve fuerzas para volver al gabinete del fuego alegre, crepitante, y la muerte sangrienta y estremecedora. Contemplé el cadáver de Roger Howard como el que examina críticamente a una res sacrificada en el matadero. No sentí mayor emoción por él. Mis labios sólo formularon unas pocas palabras como epitafio, que tal vez carecieran de piedad alguna, pero que salieron del fondo de mi alma en ese momento:

—Que seas bien recibido en Landsbury, Roger Howard, si ello es posible… —cerré los ojos, imaginándole en la niebla, entre

indicadores de otro tiempo, moviéndose en otro plano metafísico, hacia unas callejas empedradas y unos vidrios emplomados, con amarillas luces de gas.

Luego, contemplé el resto de la habitación. Mi teoría inicial parecía cierta. Pero demasiado terrible en sus consecuencias. Disputaron los asesinos. Y dos de ellos sacrificaron brutalmente al tercero. Roger Howard fue asesinado. Eso explicaba el ruido, la caída de objetos, la rotura de la lámpara, el repentino silencio en la oscuridad…

Los asesinos, asustados, huyeron tras su crimen, dejando allí a Roger Howard, un muchacho de buena familia, con fincas propias, metido en política, amigo de personas influyentes y ricas como yo… ¿Por qué todo aquello? ¿Qué buscó en semejante asunto, moviéndose entre sórdidos designios criminales?

Y, sobre todo, ¿quiénes eran sus ejecutores?

Mis ojos se clavaron en algo que casi había llegado a olvidar que existiera, pese que en un principio significara tanto en mis pensamientos, y lo buscara con tal ansiedad.

Un teléfono.

Era rojo oscuro, casi del color del lujoso «Aston Martín» de Howard. Reposaba en una mesita cercana, bajo un cuadro representando una típica cacería británica, en una buena litografía enmarcada en dorado viejo.

Un teléfono…

Recordé vagamente algo que, quizá, nunca existió sino en mi propia mente. Una voz, unas palabras:

«No encontrará teléfonos en este lugar… Además, ¿de qué le servirían? Nadie iba a escuchar su llamada en Londres…».

¿Me dijo alguien eso alguna vez? Otra vez la misma duda, la misma oscura y terrible incógnita… Verdad o ficción, sueño o realidad, fantasía o certeza… ¿Quién supo nunca dónde empieza una cosa y termina otra? ¿Quién lo sabrá jamás?

El teléfono… Podía alzarlo ahora, llamar a Londres… A Hazel. Decirle que no temiera nada, que no se preocupase. Que estaba vivo todavía. Pero que, tal vez, jamás llegaría ya a verme vivo…

Lo demás dejó de existir entonces para mí. El gabinete, la madera ardiendo alegremente, el cadáver de Roger Howard y sus ojos azules, su sangre y su masa encefálica, el filo del hacha…

Caminé hacia el teléfono. Lo alcé. Marcar el número de Hazel no era difícil. No había nada en el mundo que me hiciera olvidar el teléfono de nuestra casa.

Y llamé.

Llamé a casa. Marqué *nuestro* número. El de Hazel, el mío…

El teléfono, allá en Londres, sonó una, dos, tres, cuatro, cinco, diez quince veces. Nadie lo atendió. Colgué, con el ceño fruncido. Era muy tarde. Resultaba raro que ella no estuviese en casa ahora.

Tal vez habíase sentido demasiado sola últimamente. Mi vida no era demasiado hogareña. Seguramente estaría en casa de alguna amiga, de sus parientes de Reading o de Brighton…

Colgué, con un suspiro de desaliento. Bien. Hubiera sido demasiada fortuna oír su voz, poder decirle que nada ocurría aún, que estaba luchando por mi vida, por nuestro futuro.

Tras ese momento de debilidad humana, Roger Howard volvió a ser el centro de mis preocupaciones. Y su muerte brutal, el punto básico de mis dudas e incógnitas…

No tardé en revisarlo todo minuciosamente. No encontré nada. Había tres vasos con licor, y dos estaban rotos. Un tercero había sido vaciado. Lo miré al trasluz. No ofrecía ni la más leve mancha de unos dedos. Los asesinos tomaron precauciones, limpiando el vidrio cuidadosamente.

En las ropas de Roger sí encontré algo. Lo llevaba bajo su *shetland beige*, en un bolsillo de su camisa ocre: una jeringuilla hipodérmica y una aguja. Había residuos de líquido en su interior. Líquido incoloro, algo turbio… Olí aquello. No se notaba aroma alguno. En un bolsillo de su pantalón hallé una cápsula de vidrio. Una ampolla inyectable. Vacía también, y con el cuello roto. El veneno estuvo allí alguna vez… Ahora estaba dentro de mí. Circulando por mi organismo, empujándome a la muerte…

No había más. Eso, y una caja de fósforos de propaganda, color verde oscuro, con un nombre sobre un círculo:

Las Armas de Gales - Stafford

Debajo, el escudo de País de Gales, y una dirección en Stafford, con un teléfono. Guardé la cajita en mi bolsillo. Empecé a recorrer la casa.

Roger Howard vivía allí sin servicio. Yo sabía algo de eso. De vez en cuando, una mujer le hacía la limpieza de su residencia, y un jardinero cuidaba su césped y sus plantas. Eso era todo. Recordé algo que se rumoreaba últimamente en Londres: Roger no andaba demasiado bien de dinero. Tuvo una inmensa fortuna, pero los caballos, las mujeres y otras cosas habían terminado pronto con ese caudal.

En un cobertizo del jardín encontré su pequeño *hobby* oculto: un laboratorio de aficionado.

Me estremecí. Roger había estado unos años en la India y en Egipto, siendo muy joven. Sus padres fueron del ejército colonial. Había allí productos exóticos, alineados en frascos y recipientes sellados. Si alguno de esos frascos era un veneno activo, de origen colonial, tal vez poco conocido en la metrópoli incluso en nuestros días, toda esperanza estaba perdida.

Sin embargo, tenía que seguir confiando. La muerte era algo casi inevitable. Valía la pena tener fe en un milagro, el que fuese. Si no llegaba, Landsbury me estaría esperando. Nos veríamos allí, en cualquier calle, Howard y yo…

Revisé los diferentes envases y sus etiquetas escritas minuciosamente a mano, sobre papel engomado. Mis conocimientos de Química son bastante rudimentarios, pero sé distinguir un producto tóxico de uno que no lo es. Finalmente, aparté una docena de frascos, que contemplé perplejo.

Eran drogas mortíferas de origen hindú o árabe. Todas ellas densas, pastosas, en escasa cantidad, con una indicación expresa de su alta toxicidad. Mezcladas con cualquier líquido más fluido, producirían un veneno eficaz. Pero ¿cuál utilizó Roger para mi caso concreto?

Busqué en las gavetas de su mesa de trabajo. Solamente hallé un bloc de notas y una agenda. Pensé que mi muerte por envenenamiento era un hecho muy reciente. Aunque ignoraba si fue previsto con mucha antelación, esperando el momento oportuno en que, en cualquier instante, paseando por el jardín de la vivienda de los Travers, un simple golpe en mi brazo, permitiese entrar la aguja hasta el interior de mi epidermis…

De cualquier modo, si había una explicación, por leve que fuese, estaría en las últimas páginas de esa agenda o del bloc. Y allí

busqué.

La última anotación del bloc databa de dos meses atrás. La deseché. La agenda me mostró algo relativo a solamente cinco fechas antes. Leí aquel texto enigmático:

> «Decidido. Será con aminobarbidol y una solución acuosa. Intramuscular. Acción letal en cuatro horas como máximo».

El nombre químico no me dijo nada. La mención de «intramuscular» y lo de «acción letal en cuatro horas», sí.

Miré un reloj eléctrico en el muro del laboratorio de Howard. Las cuatro y treinta minutos. Al menos hacía ya siete horas largas que fui envenenado. ¿Dónde estaba esa acción letal, previamente programada? Mi cuerpo resistía. Yo continuaba vivo. Y ahora no estaba en Landsbury, viviendo mi falsa existencia de «tránsito» entre la vida y la muerte…

El corazón me dio otra punzada, acaso porque pensé en ello. Lo cierto es que me sentía débil, cansado y lento de acciones. Mi cerebro funcionaba algo torpemente, y respiraba con dificultad. A veces, la visión me faltaba un poco. Pero eso era todo. Luego me recuperaba de nuevo, como otra victoria parcial sobre la muerte.

Busqué. El llamado aminobarbidol estaba en un corto, ancho tubo sellado, con el indicativo de «Jugo de frutos de Nepal. Altamente tóxico».

Guardé el producto en un bolsillo. Y me encamine a la salida del cobertizo. Allí no tenía ya nada que hacer.

Regresé al gabinete. El aire olía a madera resinosa quemada. Y también a sangre humana. Me acerqué al teléfono. Marqué otro número y cifras.

Esta vez un número en Stafford. El de un local…

—¿Dígame? —contestó una voz somnolienta.

—¿Las Armas de Gales? —pregunté.

—Sí, señor, en efecto. Hostal de Las Armas de Gales. ¿Se le ofrece algo?

—Sólo quería reservar un alojamiento para esta noche.

—¿Esta noche, señor? Si casi es ya de mañana…

—No importa. Dormiré hasta después de mediodía, seguramente. ¿Tiene habitación?

—Espere, se lo ruego. Hay algunas reservas más de lo habitual y…

—Soy amigo del señor Howard. Roger Howard. Creo que es cliente suyo. Me habló de ese lugar, recomendándomelo calurosamente —mentí con frialdad.

—Oh, el señor Howard, ya recuerdo… Precisamente sus amigos tienen reservada habitación para hoy. Y aún no han llegado, pero creo que no pueden tardar… Sí, puede venir, señor… ¿cómo dijo que se llamaba?

—Scott —dije, sarcástico—. John Fulton Scott.

—Bien, señor Scott. Puede venir. Le guardaré una habitación. No será de las mejores, pero creo que…

—Está bien. Me conformo con lo que tenga. Ah, y no diga nada de esto a los amigos del señor Howard. Absolutamente nada. Quiero darles una pequeña sorpresa, ¿entiende? Cuestión de una apuesta. La perdería, si usted dice algo.

—Descuide, señor Scott. Confíe en mi discreción —prometió el hombre—. Le espero.

—Estaré ahí en media hora —dije, mirando el reloj del siniestro gabinete—. Hasta luego.

Colgué. Una dura sonrisa estiró mis labios. Mis sospechas eran ciertas. O parecían serlo. Los asesinos de Howard se alojarían esa noche en Las Armas de Gales, lugar conocido por todos los miembros del extraño complot contra mi persona. Seguramente con nombre supuesto. Por eso no me había molestado en pedir sus nombres. Un criminal no es tan tonto como para dejar huellas ostensibles de su paso. Y menos llevando ya dos muertes sobre su conciencia…

Salí de la vivienda de Roger Howard, tras hacer una última llamada, esta vez anónima, al puesto de policía más próximo. Luego tomé el coche color guinda de Howard. Y partí velozmente en la noche hacia Stafford. Hacia Las Armas de Gales, donde me esperaban dos asesinos. Dos personas que sabían que yo había sido envenenado. Y que luego mataron, a su vez, a mi ejecutor.

La noche se acercaba a su fin. Y yo no podía olvidar que, en alguna parte, un pueblo fantástico esperaba a uno de sus nuevos vecinos, para antes del amanecer.

Y ese vecino era yo.

Un vecino para la eternidad.

* * *

Las Armas de Gales

El anuncio era metálico, colgando de dos cadenas chirriantes, como si también en aquel arrabal de Stafford, cercano a la carretera principal a Birmingham, el tiempo se hubiera detenido igual que en el fabuloso Landsbury.

Pero allí sí había luz eléctrica. Y teléfonos. Y suelo asfaltado. Solamente la fachada y aspecto de mesones típicos, como Las Armas de Gales, conservaban su rancio sabor británico de otros tiempos pasados. Las vidrieras emplomadas también abundaban, en fachadas de estructura de madera, a la antigua usanza.

Detuve el «Aston Martin» color guinda, dejándolo aparcado en una callejuela lateral, angosta y solitaria, bastante oscura a esas horas de la mañana. Si la policía había llegado ya a la residencia de Roger Howard, hallando su cadáver, no convenía que buscasen al hombre que pudo llevarse su automóvil. Todavía no.

Contemplé la luz de la entrada al hostal. Las góticas letras del nombre, sobre el escudo de armas galés, me recordó inmediatamente los caracteres de aquel otro nombre, impreso sobre un viejo tablón carcomido, en un poste de más de cien años de vejez.

Landsbury. Siempre Landsbury en mi mente, como una fantástica obsesión…

No llevaba armas conmigo. Y yo no soy un hombre de acción. Sencillamente, me enfrentaba a un enemigo anónimo, solapado y cruel, con la sola ayuda de mis manos y de mi cerebro. Gente que no dudaba en utilizar el veneno para matar. Gente despiadada y cruel, capaz de eliminar a un cómplice de un simple y feroz golpe de hacha en el rostro, hundiéndole el cráneo.

Imaginé lo que serían capaces de hacer conmigo, si era preciso para salvar su pellejo y para terminar con mi vida lo antes posible. Sus móviles continuaban siendo un enigma total. Su identidad,

también. Pero si imaginaban que lord Peter Clemens estaba muerto, definitivamente muerto, y éste aparecía lleno de vida ante ellos, para pedirles cuentas de su criminal acción, era de prever que cualquier cosa, y no precisamente buena, podía suceder en aquel parador de carretera, en un apartado paraje de Stafford.

Pero todo eso a mí había dejado de preocuparme ya. Cuando telefoneé a la policía desde la vivienda de Howard, había hablado de un caso de envenenamiento lento por una solución acuosa de una droga procedente de Nepal, llamada aminobarbidol, inyectada por vía intramuscular, bastantes horas antes. Añadí entonces que el envenenado aún sobrevivía, y pedía un llamamiento médico urgente para buscar una solución posible.

Luego había colgado. No esperaba nada de todo eso, pero la esperanza no se puede mantener sola. Como dijera el hombre enlutado de Landsbury, acaso el propio Caballero de la Muerte, mientras durase mi afán de sobrevivir, duraría mi propia existencia. Estaba dispuesto a apurar hasta el último instante de mi existencia.

Y si fracasaba… Landsbury estaría esperándome, en algún lugar, más allá de la niebla, más allá de la Vida y de la Muerte…

Alcancé la entrada a Las Armas de Gales. Empujé la puerta, justo cuando mis ojos descubrían la presencia del automóvil azul oscuro, detenido en un *parking* inmediato al recinto hotelero.

Me estremecí. El coche tenía matrícula de Londres. Creí reconocerlo, haberlo visto alguna vez en alguna parte. Un «Austin» modelo del año pasado, azul marino… ¿Dónde lo había visto yo antes de ahora?

No logré recordarlo. Y no quería perder más tiempo. La verdad, la única y espantosa verdad escondida en mi vida actual, tan diluida ya en una agonía lenta e insensible, estaba ahora allí, muy cerca de mí. Dentro de aquella hostería de Stafford…

Y entré.

Entré, para enfrentarme a mi destino final.

Bien seguro de que, inexorablemente, había dado mi último paso. Había llegado al fin de una senda tenebrosa, perdida en la noche de la agonía y de la muerte.

Pero lo hice sin miedo. Convencido de que lo que sucediera allí ahora me enfrentaría a sólo dos posibilidades:

La vida, el regreso a Londres, la normal de cada día… o

Landsbury y su mundo de sombras, de silencios y de largos sueños eternos…

Con Hazel, uno de esos finales. En mi hogar, en mi vida política de siempre.

O con Margie. Con una hermosa muchacha pelirroja muerta. En un mundo donde morir no lo era todo. Y no era tampoco el fin…

No lo sé. Pero quizá por eso no tuve miedo en ese momento.

Quizá porque morir o vivir, me ofrecían por igual la esperanza de algo, la confianza en algo. Y en alguien…

* * *

Sonreí duramente.

Habitación 202. Segundo piso.

No. No era ésa mi habitación. Era la de *ellos*. Vecina a la mía. El conserje de noche, cómplice de la «broma» del recién llegado «señor Scott», aceptó mi propina generosa. Y también el juego dispuesto. Me dio la habitación número 204. Pared por medio. Excitante proximidad la mía.

Terrible vecindad la de un hombre que buscaba a sus asesinos, y los tenía ya a su alcance, sólo con un panel por medio. A tan corta distancia de aquellos seres a quienes debía mi propia ruina, mi perdición total…, sin saber siquiera la causa de su odio mortal hacia mi persona.

Bien. Ya estaba, sin embargo, planteado el final de la partida. Ahora yo tenía una pieza más que ellos en el juego: la ventaja de saber que estaban allí, que eran ellos. Y, por contra, ellos nada sabían aún. Nada sospechaban sobre la supervivencia de su víctima. Y menos aún sobre su vecindad inexorable…

Había mirado de soslayo sus nombres en el registro del hotel, cuando firmé mi propio y falso nombre. Como esperaba, no podían ser auténticos. Nada me decían. Eran dos nombres confusamente trazados. Sólo recordaba que uno era Gordon, o algo así. No muy original, la verdad. Tal vez tampoco necesitaban serlo. Cualquier nombre era válido, siempre que disimulase el verdadero.

Sentía roces, murmullos, movimiento en el cuarto vecino. Mis personajes iban y venían con la confianza que da la propia

seguridad, la que se cree impunidad total. Quizá pensaban que, una vez muerto yo, y muerto Howard, ¿quién podría relacionarles con mi asesinato? ¿Quién les acusaría de nada delictivo si, como yo pensaba, eran personas honorables en su apariencia?

Tenía un teléfono en mi mesilla. Lo contemplé fijamente. Era irónico. Sentí ganas de reír. ¿Para qué quería yo ahora un teléfono? Hazel no respondería. No estaba en casa. Roger Howard, un buen amigo… estaba muerto. En Landsbury. Entre otros muertos, oyendo acaso su propio toque de difuntos…

Y yo… estaba allí. En Las Armas de Gales. Esperando mi momento. Mi ocasión definitiva. No necesitaba ayuda de nadie para ello. Sólo *después* de ocurrir lo que ocurriese allí, acudiría yo al teléfono.

Volvería a llamar a la policía, si vivía para ese momento. Y anunciaría que se había terminado todo. Que lord Peter Clemens les telefoneaba antes de morir, para informarles de que había hecho justicia por sí solo.

Eso sería todo. Eso sería suficiente. Todo lo que yo quería en ese momento.

Si las cosas sucedían de otro modo… ya no necesitaría teléfonos. Alguien me había dicho que nadie contesta a las llamadas telefónicas de los muertos, si es que existen. Por eso en Landsbury no había teléfonos. Nadie los necesitaba allí.

Si todo iba mal, me encontraría con Howard en la empinada calle mal empedrada, bajo la luz de las farolas de gas. Esperando el amanecer. El letargo de cincuenta años sumergidos en la niebla. En la nada absoluta. O más allá tal vez…

Respiré hondo. No tenía reloj, pero era fácil calcular ya la hora. Un reloj de pared en el vestíbulo del hostal me había dicho la hora que era cuando llegué. Las seis y quince minutos de la mañana. Muy tarde ya. Ahora debían ser casi las siete menos cuarto. Una hora más y el negro cielo brumoso se haría lívido por oriente. Saldría una sucia, turbia, luz grisácea.

Eso sería el final. El final de todo… Para bien o para mal.

Disponía de algo de tiempo. Encendí un cigarrillo. Lo fumé despacio, calculando lenta y fríamente mis siguientes movimientos. En el cuarto 202 de Las Armas de Gales se había hecho un repentino silencio helado.

Respiré con fuerza. Me incorporé. Aplasté el cigarrillo en el cenicero. Eché a andar.

Era el momento supremo. Y yo lo sabía.

CAPÍTULO II

Me detuve. Un dos, un cero, otro dos…

Cifras doradas, metálicas, incrustadas en la madera pulimentada, color café. Detrás, ellos…

Los asesinos. Míos, de Roger Howard… Los seres que decidieron mi muerte, en complicidad con mi difunto amigo. Ahora, de repente, iba a saberlo todo. Quiénes, por qué…

Todo.

Luego ya no importaría nada. El forastero en Landsbury no tendría preguntas que hacerse. No tendría dudas ni interrogantes en su mente. Sabría el porqué de las cosas. Y, si era posible, no estaría solo con Roger Howard, en las callejas brumosas del pueblo que nunca existió…

Alcé la mano. Cerré los dedos. Mis nudillos golpearon suavemente. Dos veces.

Esperé, tenso. Dentro, el silencio seguía siendo total. Pero engañoso. Percibí roces. Un rumor de pasos, hasta detenerse cerca de la puerta. Luego, una pausa. Finalmente, una voz ahogada:

—¿Quién es?

Disfracé mi voz. La hice más aguda e ingenua. Me expresé como un ciudadano vulgar:

—El mozo del hotel, señor. Acaban de entregar un mensaje urgente para usted.

—¿Para mí? —La voz dudó, evidentemente—. ¿Cómo es posible? Nadie sabe que estoy aquí… Que estamos aquí, quiero decir.

—No sé, señor. Dijeron que era para los señores del doscientos dos —dije, inocente—. Eso fue todo. Y urgente. Insistieron en eso…

—Está bien. Un momento —su voz sonó ronca. Yo estaba más seguro que nunca de conocerla. Pronto sabría por qué. Chascó un pestillo al otro lado.

La puerta comenzó a abrirse. Una mano asomó por ella, como una garra velluda y fuerte.

—Dame, muchacho —dijo la voz. Y vi en los dedos del hombre un billete de una libra. Era generoso en las propinas.

Tomé impulso. Me precipité con violencia contra la hoja de madera. La hice ceder. Caí dentro de la estancia, arrastrando conmigo, con una hosca imprecación, al hombre de la mano y el brazo velludos. El billete se fue al suelo, revoloteando como una hoja seca.

Me paré en seco, ya en medio de la sala. Me volví bruscamente hacia el que me abriera. Le reconocí en el acto al mirarle cara a cara, con ojos dilatados de furia y de virulencia.

El también me reconoció a mí. Su rostro tomó el color de la cera.

—¡Brian! —aullé—. ¡*Sir* Brian Culver, el vividor del gran mundo! ¡Eras tú, cerdo…!

—No… —jadeó—. Peter… Peter Clemens… No *puedes* ser tú…

—Soy yo, que he vuelto de la tumba, con el veneno en mi cuerpo y el odio en mi corazón —musité roncamente—. Soy yo, Brian, asesino…

—¡Peter! —Sollozó quebradamente la voz, al fondo de la habitación.

Me volví. Y la vi allí.

Era ella. Acababa de gritar mi nombre. Incorporándose en el lecho, cubriéndose con las ropas, trémulo y blanco el rostro convulso, incrédulos los desorbitados ojos.

Entonces lo entendí todo.

Y su nombre brotó de mis labios con tono roto desgarrado lleno de profundo dolor pero también de comprensión súbita cegadora como una ardiente llamarada dentro de mi cerebro y de mi corazón.

—¡Hazel! —rugí—. ¡Tú!… ¡Hazel! ¡Mi… *mi esposa!*…

Entonces me atacó *sir* Brian Culver con su navaja automática, que chascó a mi espalda.

* * *

Hice lo único posible. Eludir el impacto de muerte contra mi

costado.

La hoja de acero silbó en el aire, rasgándolo como hubiera podido hacerlo ferozmente con mi propia carne, hasta penetrar en lo más hondo, desgarrando mis órganos vitales, en un exasperado afán de matar…

—¡Te lo dije, Brian! —chilló ella, histérica—. ¡Peter no se deja vencer fácilmente! ¡Tuve siempre miedo de que ocurriera algo así!

—¡Calla, necia! —masculló Culver, mortalmente pálido, buscando de nuevo mi cuerpo con auténtica rabia, centelleante la hoja de acero en su mano crispada—. ¡Peter no es diferente a los demás! ¡No tiene nada sobrehumano, maldito sea! ¡Sencillamente, no sé cómo Howard no supo inocularle el veneno!…

—¡No hables! ¡No menciones a Roger! —sollozó Hazel, descompuesta—. ¡Peter puede acabar con nosotros, destruirnos para siempre, Brian!…

—Él nunca saldrá vivo de aquí, de eso tienes mi palabra… —jadeó Culver, tirándome un nuevo tajo que solamente rasgó mi chaqueta y rozó mi piel, haciéndola sangrar superficialmente, sin penetrar más hondo gracias a mi ágil finta de costado—. ¡Peter Clemens va a morir hoy, sea por el veneno o por el acero!

—Creo que te equivocas, Culver —mascullé, con ojos llameantes—. No puedes hacerme nada. Ya estoy muerto. Estuve en el mundo de los difuntos, oí tañer las campanas por mi funeral y vi mi cuerpo en un féretro… No lo puedes entender, pero lo entenderás alguna vez, cuando seas tú quien visite el lugar que está más allá de la niebla… El veneno está en mi cuerpo. Sólo que me han permitido volver. Y he venido a por ti, Culver. Y a por Hazel, la esposa infiel que quiso heredar mi fortuna, uniéndose a ti, el eterno conquistador de mujeres ricas… ¿Os costó mucho comprar la complicidad de Roger Howard? ¿Un documento firmado, tal vez, por muchos miles de libras, para cuando mi fortuna fuese vuestra? ¿Así se unió a vosotros, hasta que una disputa terminó con su cráneo partido por un hacha? ¿Quién le asestó el golpe? ¿Mi dulce y hermosa Hazel… o tú mismo, Culver?

Mis palabras eran como mazazos en sus oídos y en su cerebro. Dos tajos fulminantes de su navaja, no me alcanzaron por el propio sobresalto que provocaba en Brian Culver mi conocimiento casi sobrenatural de los hechos…

—¿Eres un demonio, Peter, o realmente estuviste ya entre los muertos? —jadeó con horror mi enemigo, aprestándose a degollarme con un golpe incisivo y brusco de su acero.

—¡Brian, él lo sabe todo! —chilló Hazel, exasperada—. ¡No es un ser real! ¡No debimos hacer nunca nada! ¡Perdón, Peter, perdón! ¡He sido una ciega estúpida! ¡Siempre pensé que eras diferente a los demás…, pero ese canalla embaucador me conquistó y me hundió en este sucio cenagal!

—¡Harpía! —aulló Culver con ojos ardientes de odio, mirándola —. ¡No digas atrocidades, Hazel! ¡Tú me empujaste a esto por la fortuna de tu marido!…

Yo aproveché ese fugaz momento de mutuos reproches. Me precipité sobre Culver. Él intentó clavarme la hoja de acero en el pecho. Pude poner una mano, que cerré en torno al acero.

No me importó sentir el lacerante dolor del filo, cortando brutalmente mis dedos y la palma de mi mano. Nada podía importarme ya a estas alturas. Seguí adelante. Pugné con él ferozmente, en fiero choque. Nos mirábamos como dos guerreros primitivos, sólo ávidos de matar, de sobrevivir…

Logré girarle la mano armada, eludirla de mi cuerpo… Él forcejeaba con ira, con exasperación. Tuvo un repentino momento de desfallecimiento. Y su mano cedió.

Yo no lo esperaba. Fui el primer sorprendido. El brazo se fue hacia él. La mano también. Y el acero.

Sentí que penetraba en su estómago como si éste fuese mantequilla. Se quedó hincado hasta la empuñadura misma. Le miré. Me miró con ojos desorbitados de horror. Le solté. Él soltó el arma también. Miré mis manos sangrantes, hendidas por el filo de acero.

Hazel chilló y chilló, cubriéndose los ojos de horror. La empuñadura asomaba por el estómago de Brian Culver, y la sangre borboteaba ya en sus lados, pugnando por brotar tumultuosa.

—Peter…, maldito… —su voz sonó ronca, trémula. Se contempló el arma, y en un esfuerzo supremo la sacó a medias, dejando correr regueros rojos por su vientre y piernas. Terriblemente pálido, cayó de rodillas. Luego de bruces, con lo que el acero volvió a penetrar hasta la empuñadura.

Le vi la mirada vidriosa, turbia, fija en mí. Luego en Hazel. Se

agitó en el suelo. Ya le fluía la espuma sanguinolenta a la boca, copiosamente.

Le imaginé, flotando ya en la niebla, camino de un poste indicador en un desvío hacia la Eternidad. Luego, con un espasmo y un jadeó inaudible, cayó de bruces. Se quedó quieto.

Estaba ya en Landsbury. En algún lugar, lejos de todos nosotros. En la sombra de las brumas eternas. Pronto doblarían a muerto por él…

A mis espaldas, un grito inhumano brotó de una garganta llena de terror. Me volví. Hazel me contemplaba como se mira a un vengador llegado de otro mundo. Y quizá tuviera razón, después de todo. Ella acaso veía en mí algo que Culver no llegó a descubrir.

—¡Peter! —jadeó, convulsa, lívida, saltando del lecho, entre los pliegues de la sábana—. ¡Peter, tú…, tú no pareces ya el mismo! ¿Quién eres realmente, Peter? ¿Quién…? ¡No, no te acerques!…

—Hazel… —susurré.

Y avancé dos pasos hacia ella. Quise decirle que, pese a todo, la perdonaba. Que allí terminaba nuestra vida en común para siempre. Pero que nada debía temer de mí. Otros juzgarían su delito. Yo no.

Eso intenté. Ella no debió entenderlo. O acaso vio más allá en ese momento. Nunca lo sabré.

Lo cierto es que Hazel Clemens, mi esposa, mi propia enemiga anónima, la mujer que deseó mi muerte, saltó desde el lecho hacia la ventana. Y yo no pude evitarlo.

Hubo un grito horrible, desgarrador, brotando de su boca, entre el fragor de vidrios rotos, y el desgarro de una cortina arrancada de su soporte por el impulso del cuerpo humano, joven y hermoso.

Dos pisos y la planta baja. El asfalto de la carretera de Birmingham abajo…

Cerré los ojos. Pero no podía evitar sentir el impacto, el sordo choque, el tremendo contacto de un cuerpo contra un suelo duro e implacable.

El eco de aquel tremendo chasquido de carne en el asfalto, durará en mi recuerdo toda la vida. Me asomé rápidamente a la ventana, pero ya era tarde. Demasiado tarde.

Hazel estaba de bruces en el asfalto. Había caído de cabeza. Tal vez la parte de su rostro que besaba el asfalto, era difícilmente reconocible. Por debajo de ella, un reguero oscuro comenzó a

extenderse.

—Hazel… —musité—. ¿Por qué aquello… y por qué esto?

Ella no se movió. Su hermoso cuerpo sin vida yacía en el suelo gris y terso. Imaginé su caminar impreciso y como dormido, hacia las nieblas de Landsbury, en la noche mágica de los muertos.

Howard, Culver, ella…

Un tétrico cortejo de cadáveres en marcha hacia su destino. Hacia un lugar que ellos jamás imaginaron que existía… Y del que ya nunca más saldrían. En el que eternamente serían vecinos abúlicos, pendientes de un nuevo toque de difuntos, medio siglo más tarde, en otra invernal noche de niebla…

Cerré los ojos. Volví despacio al interior de la habitación. Esta vez sí. Esta vez ya no había otra cosa por hacer.

Fui hacia el teléfono. Y llamé.

Llamé a la policía. Luego me senté a esperar.

Afuera todavía era noche. Lo era aún cuando sonaron las primeras sirenas de coches-patrulla y ambulancias.

Pero las primeras luces del alba estaban cerca. Muy cerca ya…

CAPÍTULO III

—Aminobarbidol… —repitió el médico, mirándome—. Amigo mío, está usted vivo de pura milagro…

—¿Vivo? —Parpadeé—. ¿Milagro? No entiendo, doctor…

—Se lo explicaré fácilmente —suspiró—. Conozco esa droga de Nepal. Es una planta medicinal raramente utilizada en Medicina, como se puede utilizar la estricnina o el cianuro, a pequeñas dosis. Pero existen algunos raros medicamentos que poseen esa droga en ínfima parte.

—No veo adónde va a parar con eso, doctor —confesé, intrigado.

—Se lo diré inmediatamente —sonrió él—. Existen casos en los que un paciente sometido a una cierta medicación en la que entra determinada droga, acaba siendo inmune a ésta. Es algo completamente normal en Medicina, y no constituye excepción, ni mucho menos. Pues bien, señor Clemens: su caso es uno de ésos. Una dosis letal, que a cualquier otro hombre le hubiese causado una muerte lenta, pero bastante indolora en realidad, a usted no le afectó sino parcialmente, en una especie de letargos o accesos aislados. Su naturaleza luchó contra la acción del tóxico, y sus anticuerpos, habituados a esa droga hindú, virtualmente inmunes por tanto, y como vacunados contra ella, la supieron mantener a raya, evitando su acción directa sobre los órganos vitales de su cuerpo.

—Pero… ¿por qué, doctor? ¿Qué explicación tiene ese fenómeno en mi caso? Yo nunca he tomado aminobarbidol, que yo sepa…

—Exacto. Que usted sepa. Acaba de decirlo, señor Clemens. Pero sí lo tomó sin saberlo. Formando parte de un compuesto químico, de un fármaco vulgar, que le fue recetado hace muy poco tiempo por su propio médico de cabecera…

—¿Cómo? —Enarqué las cejas, asombrado—. ¿Se refiere… a las

inyecciones contra la afección gripal que recientemente…?

—Exacto. El nuevo fármaco posee una dosis mínima de aminobarbidol, que su naturaleza asimiló como una vacuna contra algo parecido. La casualidad quiso, fantásticamente, que sus asesinos utilizaran esa clase de veneno contra usted, acaso por su propia rareza, que le hacía parecer aún más eficaz. Aparte que no deja huellas visibles en las vísceras, para una ulterior autopsia.

—Entiendo —dije tristemente—. La inmunidad para los criminales…

—Eso es. Pero la fatalidad jugó contra ellos. Fue un factor insospechado. No sólo hundió sus planes, sino que usted salvó su propia vida, señor Clemens.

—¿Eso quiere decir… que nunca más volveré a Landsbury?

—¿Cómo? —Me miró asombrado el médico.

—Quiero… decir que no… es fácil que ese veneno me perjudique ya. No corro peligro de muerte…

—¿Muerte? ¡En absoluto, señor Clemens! Está usted totalmente a salvo, créame. Nunca estuvo físicamente mejor que ahora, pese a la tremenda experiencia vivida con sus amigos… Lo único lamentable es la muerte de su esposa, que esos canallas llevaron a cabo, pese a su esfuerzo por salvarla.

—Mi esposa… —asentí, sombrío. La mentira piadosa para ocultar al mundo, a la sociedad londinense, la tremenda verdad de su papel en el drama, debía ser mantenida a ultranza. Nada se ganaba ya con echarle a ella las culpas que sobre sí misma acumuló en vida. Yo, al menos, había perdonado ya. Quería olvidar. Y olvidaría, estaba seguro de ello… Despacio, añadí como si mi versión de los hechos fuese la pura realidad—: Eso ya no tiene remedio, doctor. En la vida hemos de saber reaccionar, mirar siempre adelante, olvidar lo que lamentablemente queda atrás, por duro que sea… Espero que las cosas sean mejores para mí en el futuro… si todo esto es pronto un simple recuerdo doloroso…

—Lo será, amigo mío. La vida, por amarga que sea en ocasiones, sigue siempre adelante. Y a la vuelta de un recodo, el camino de nuestra existencia nos ofrece algo nuevo por lo que luchar con renovados ahíncos…

No comenté nada. El médico me dejó solo. Miré la blanca, aséptica, habitación del hospital. El globo blanco de luz flotaba

aparentemente en el quieto aire de la estancia. Me hizo recordar otras luces de globos más amarillentos, allá donde ahora doblarían a muerto por tres nuevos vecinos eternos…

Cerré los ojos. Así eran las cosas. Una pura y macabra ironía del destino. Ahora, ni Hazel ni Margie. Ninguna de las dos. Las había perdido a ambas. Una pensaría siempre en el compañero de unas horas, en la noche sin fin de lo eterno. Y esperaría en vano al hombre por quien las campanas tocaron a difuntos.

Tal vez cuando viese a Hazel, a Howard, a Culver, llegando al fantástico pueblo de la niebla sin principio ni fin, de la noche infinita de los muertos, entendería. Y no esperaría más.

Pero eso tal vez sucedería dentro de muchos años. De cincuenta, exactamente, cuando Landsbury volviera a ser un lugar en las brumas inglesas, esperando a los que encontraban la muerte cerca de él…

Tal vez entonces, Margie supiera que yo nunca volvería allí. Que mi marcha de allí fue definitiva. Que la lucha por la vida había valido la pena. Y la había ganado.

¿O no valía realmente la pena?

Cerré los ojos. Quise cerrar también el pensamiento. Y dormir. Y olvidar…

El leve tictac del reloj me sobresaltó. Abrí los ojos. Los clavé en el blanco reloj eléctrico del muro, frente a mi lecho.

Las ocho y doce minutos. Sólo unos pocos minutos más… y entre la neblina de la madrugada surgiría el nuevo día, la luz turbia de un amanecer nuevo.

El amanecer de Peter Clemens. El amanecer de Landsbury.

Y así hasta medio siglo después…

Me incorporé. Sonaban sirenas en la calle. Caminé hacia la ventana. Vi detenerse ante el hospital provinciano una serie de ambulancias. Y de automóviles particulares, cuyas portezuelas se abrían, vomitando heridos, personas en camilla o en brazos de sus ocupantes y conductores.

Los automóviles privados hacían sonar sus claxons insistente, casi obsesivamente. Las ambulancias hacían girar las luces de su techo, como un parpadeo de urgencia en la oscuridad. También descendían numerosos heridos de ellas…

Tuve un sobresalto. No sabía qué pensar. Algo terrible debía de

haber sucedido. Muchos heridos, muchas víctimas en suma… Muertos quizá. O moribundos, cuando menos.

Asistencias, médicos, enfermeras, se movían apresuradamente abajo. Había revuelo en todo el hospital. Gente que iba y venía, voces, timbrazos urgentes para los médicos de servicio, requeridos a los quirófanos de emergencia…

Caminando débilmente, fui a la puerta. La abrí. Salí al corredor. Una enfermera pasaba rápidamente, con expresión de congoja, hacia las escaleras de descenso a los quirófanos inferiores, los destinados a servicios de urgencia.

La detuve. Le pregunté, intranquilo:

—Un momento, por favor. ¿Qué sucede abajo? ¿Qué son todos esos heridos?

—Un accidente, señor —me informó prestamente—. En la carretera de Manchester a Birmingham. Un autobús repleto de estudiantes que volvían de una excursión. Dicen que es terrible…

Se soltó de mí y se perdió escaleras abajo. Me quedé solo en el blanco corredor con fuerte olor a ácido fénico. Apoyé mis espaldas en el muro esmaltado. Respiré con fuerza. La cabeza me dio vueltas.

Había algo extraño, algo familiar en todo aquello…

Manchester… Birmingham… La carretera general… Un autobús… Estudiantes. Una excursión… Accidente, heridos… Acaso muertos…

¡Margie!

El nombre estalló en mi mente como un reventón de luz cegadora. Me agité, aturdido, con un tremendo sobresalto. Trémulo de horror, corrí pasillo adelante. Grité roncamente un nombre, un solo nombre:

—¡Margie!… ¡Margie!…

Y me lancé escaleras abajo, casi rodando por ellas al tropezar.

* * *

El médico jefe me miró pensativo, con expresión de disgusto en sus ojos, por encima de la blanca máscara de cirujano. Sacudió luego la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento —manifestó—. No sé nombres. No sé nada. Ni hay

tiempo de eso ahora. Son muchos los heridos. El autobús volcó.

—Sí, doctor. Lo sé. Sé todo eso.

—¿Lo sabe? —Me miró, sorprendido—. Acaba de suceder hace apenas una hora. ¿Cómo puede saberlo usted?

—¿Una hora? —Sacudí la cabeza, perplejo, aturdido—. No, doctor. Sin duda hay un error. Cuando yo estuve en Landsbury…, hace ya de ello varias horas…, ya había sucedido…

—¿Landsbury? —Me estudió, dudando de mis facultades mentales, sin duda—. ¿Qué sitio es ése?

—Oh, un villorrio, no importa —me apresuré a cortar—. Quiero decir que sucedió hace ya varias horas, doctor…

—Se equivoca, señor Clemens. No sé a qué otro accidente podrá referirse, pero *éste* ha sucedido hace justamente una hora… Y ahora, permítame. Tengo mucho por hacer en el quirófano.

Me dejó bruscamente. Las puertas de la sala de operaciones oscilaron tras de él.

—Una hora… —musité—. ¡Una sola hora! Imposible… Para entonces ya todo había sucedido. Y ellos estaban muertos. Y yo sabía quiénes eran mis enemigos… Y Margie… Margie me despidió hace horas, allá en la niebla de Landsbury…

¿Era posible que lo que entonces dijera ella *no hubiera sucedido aún*? ¿Estaba Landsbury realmente al margen del Tiempo? ¿Era *su* tiempo otro diferente al *nuestro*? ¿Se puede ver el *futuro*, vivirlo antes de que realmente sea presente?

—Dios mío… —me pasé una mano temblorosa por el rostro bañado en frío sudor—. Dios mío, es todo tan confusa… ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué es lo que ha sucedido, lo que sucederá… y *cuándo* ocurren realmente las cosas? Tiene que ser el mismo autobús, las mismas personas, los mismos estudiantes…

Me volví. Entraban constantemente más y más heridos. Quejidos, sangre, dolor, mutilaciones, premuras… Todo eso me rodeaba como un infierno de humanos sufrimientos. Y yo, desesperado, buscaba entre todos aquellos seres tendidos en camillas o conducidos penosamente entre los brazos de espontáneos auxiliares, un rostro conocido. Unos cabellos color del cobre, unos pardos ojos doloridos, una nuca rota…

Una muchacha muerta, en suma…

Detuve a un enfermero que daba órdenes y dirigía la operación

de hospitalizar a los heridos según su grado de gravedad. Le interpelé, brusco:

—Por favor… ¿Muchos muertos?

Me miró sobresaltado. En aquel momento de apremio, ni siquiera caían en la cuenta de que yo era un paciente más, un enfermo hospitalizado allí. Me contestó, encogiéndose de hombros:

—¿Muertos? No, por ahora ninguno… Pero no puede saberse aún. Están entrando más… Algunos están muy graves. Todo depende de cómo reaccionen, de sus heridas, de las intervenciones quirúrgicas… Pero nadie ha ingresado cadáver, si eso es lo que quiere saber.

Respiré hondo. Seguí la hilera de cuerpos tendidos en el corredor blanco, esterilizado. Era inútil. Inútil y ridículo. Buscar a Margie Court entre los heridos. Ella nunca estuvo herida simplemente. Ella llegó ya *muerta* a Landsbury.

Muerta…

Y entre los muertos debía buscarla.

Sólo que aún no había entrado ningún muerto en el hospital. Al menos hasta entonces.

De repente, me paré en seco. Mis esperanzas, mis remotas y débiles ilusiones, se rompieron brutalmente.

A mis espaldas la voz sonó bronca, angustiada:

—Es tarde… A esa chica no hace falta entrarla ya en el quirófano… Está muerta… Es el primer cadáver que ingresa. Pobre chica. Tan joven, tan bonita…

Me volví.

Vi la camilla. Vi el mechón de cabellos rojos entre pliegues de una sábana ensangrentada. Me precipité hacia ella.

—¡Margie! —grité, en un estallido de sincero dolor.

Y caí de rodillas junto a la camilla. Tiré de la sábana, ante el estupor de lodos.

Sí. Era ella.

Era Margie.

O su cadáver.

CAPÍTULO IV

—Margie… Pequeña y querida Margie… Tenía que ser. Así sucedió todo, y no podía ser de otra manera…

Un enfermero y un médico me miraron como si estuviese loco. Sacudieron la cabeza, cambiando una mirada.

—¿La conoce? —preguntó el médico, inclinándose hacia mí y separándome de la camilla.

—Sí… —dije. Y sentí humedad en mis ojos. Por vez primera en mucho tiempo lloraba por alguien. Por una muchacha a quien jamás conocí en vida. Por alguien a quien sólo traté después de muerta… Pero eso no podía decírselo a nadie. No quería ser internado por demente. Me limité a susurrar—: Sí, la conozco… La conocí… Es Margaret Court. Margie para los amigos… Pobre muchacha…

El enfermero estaba mirando algo en la mano de ella. Un pequeño bolso roto, manchado de sangre. Lo había abierto. Miraba una tarjeta de identidad de un Círculo estudiantil de Birmingham. Asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Margaret Court. Es su nombre. Veintidós años, doctor…

—Muy joven —suspiró el médico. La miró, sacudiendo la cabeza —. Pobre criatura… Vamos, la llevaremos al quirófano de todos modos. A veces aún queda algo de vida incluso en personas que parecen muertas.

—Parece tener fracturada la nuca, doctor —comentó el enfermero.

—Sí, eso parece. Pero no tenemos tiempo de hacer radiografías. Hay que actuar. Y eso es lo que vamos a hacer. Vamos, de prisa. Aunque no exista solución, hay que intentarlo siempre.

Alzaron la camilla. Iban a entrar en un quirófano a intentar lo imposible. Un milagro. Algo en lo que la ciencia médica no cree. Yo

corrí junto a ellos, pegado a la camilla. Miré a Margie, con sus ojos cerrados, con su céreo color, con su sangre en la nuca… Recordé su cadáver en el túmulo funerario de un lugar llamado Landsbury.

Pero también la recordé sollozando, sentada en una húmeda acera, en la fría calle Principal, junto a una farola de gas. Y sonriente, viendo cómo bebía yo cerveza en la cantina de los muertos. Cerveza fresca y cristalina, que quitaba la sed a los que estaban de tránsito hacia la oscuridad final…

—Margie… —evoqué su figura en la niebla, sus ojos patéticos, sus brazos extendidos, su voz diciendo cosas lejanas e imposibles—. ¡Margie, tienes que intentarlo! ¡Lucha! ¡Lucha por tu vida como yo hice! ¡Margie, tienes que escucharme! ¿Me oyes, Margie? No sé si estás aún en Landsbury, entre sus nieblas, pero has de oírme ahora. Será la última vez ya, ¿no lo entiendes? ¡La última! ¡Margie, lucha, LUCHA! Yo vencí. No sé cómo, pero vencí. Los médicos tienen siempre una explicación para todo, pero yo, a veces, sé que no es ésa la explicación. Que hay algo, más allá de cuanto conocemos, que influye en la vida y en la muerte de los seres humanos… Margie, nos hemos vuelto a encontrar… Dicen que has muerto. Creen que ya no estás entre nosotros. Pero yo sé que esto no sucede por casualidad. Esto no es, no puede ser un simple error, un azar del destino, un capricho de lo que está más allá de este mundo en que volvemos a vemos… Margie, lucha, por el amor de Dios…

—Por favor, quédese ahí —me cortó fríamente el médico, mirándome perplejo preocupado—. Está diciendo cosas sin sentido. Ella no puede oírle. Si tanto le importa su vida, no alimente ninguna esperanza. Clínicamente, es casi un cadáver. Sólo que la ciencia únicamente acepta hechos consumados. No milagros ni deducciones. Si pudiera vivir, vivirá. Pero no es ése el caso, desgraciadamente. No, no va a vivir, y lo siento. Sólo ese milagro de que usted habló podría volverla a la vida. Y como médico, no puedo creer en milagros. Ahora quédese ahí. No intente seguirnos. Está rigurosamente prohibido, señor…

—¡Margie! —aullé, patético, viendo su cuerpo desaparecer por los batientes del quirófano—. ¡Margie, vuelve a la vida! ¡Te espero! ¡Esto no es Landsbury, pero estamos los dos aquí! ¡Margie…!

Otros dos enfermeros me detuvieron, temiendo una crisis histérica en mí. Las puertas del quirófano ya estaban cerradas detrás

del médico y su paciente.

Vi cómo la roja luz de alerta, señalando ocupado el quirófano de urgencia, con un caso desesperado, se encendía sobre la entrada.

Me quedé allí, roto y maltrecho, susurrando palabras entrecortadas a flor de labio, como si desde aquel lugar pudiese hacer algo en favor de ella, que parecía ya muerta en la camilla. Que estaba virtualmente desahuciada por los médicos…

El silencio y la espera eran ya mis únicos compañeros en el corredor desierto. Caí en un blanco asiento esmaltado, la cabeza entre ambas manos. Y esperé. Y callé.

Y no sé si recé, porque nunca había sido un buen creyente. Pero tal vez sí recé. Y creí verme más lejos que nunca de Landsbury, de su calle empedrada, de una Margie deambulando eternamente por él, allá adonde ya no podía yo llegar jamás…

* * *

—Señor Clemens…

—¿Sí? —Abrí los ojos, con sobresalto. Miré ante mi, incorporándome aturdido.

Por las ventanas del corredor entraba una luz grisácea y triste. Era un feo amanecer. Pero la noche había terminado. La oscuridad y la niebla quedaban definitivamente atrás. Y también Landsbury.

Al menos por medio siglo…

El médico jefe me estaba contemplando. Pálido, demacrado, con la barba sombreando sus hundidas mejillas. Se quitó la mascarilla. Y los guantes. Sacudió la cabeza, con aire pensativo.

—¿Se pasó ahí todo el tiempo? —masculló—. Son ya las diez de la mañana…

Las diez ya. Me había dormido. Mi fatiga, mi agotamiento, lograron vencerme. Y no había soñado siquiera. Ni con Landsbury ni con Margie.

¡Margie! Me erguí de un salto. Miré al médico, aterrado. La tremenda verdad asomó a mi gesto crispado. La somnolencia se borró. Mi mente era lúcida de nuevo. Contemplé con angustia a mi interlocutor. Vi apagadas las luces de los quirófanos. Ya no había actividad en torno.

—¿Y… ella? —pregunté—. ¿Murió?

El médico me miró. Tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonaba ronca:

—Venga conmigo, por favor. Tengo que hacerlo. No sé por qué… tengo que hacerlo.

Le seguí. No pregunté nada. Era mejor no saberlo aún. Ignorarlo todo. Hasta verme ante el cadáver. Mientras tanto, aún cabía un atisbo de esperanza loca, estúpida…

Subí con él unas escaleras. Llegué a una puerta blanca. La abrió. Se hizo a un lado.

—Entre —dijo—. Ella lo pidió…

Me quedé tambaleante, aturdido. Pero entré. Él cerró la puerta.

Mire hacia el fondo de la estancia en penumbras. Hacia la persiana entornada. Hacia el lecho apenas dibujado en la sombra…

—Ella… —susurré—. Dios mío…

Avancé despacio. Llegué a un lecho esmaltado de blanco. Ella reposaba allí. Su rostro céreo yacía sobre la almohada blanca. Vendajes blancos envolvían su cuello, su nuca, su cabeza. Bucles rojizos escapaban de los vendajes. Las manos cruzadas sobre el embozo, eran las pálidas manos de una muerta.

La contemplé, preguntándome cuánto lucharía por su vida, en qué momento pediría que yo la viese después de…

—Margie… —musité—. Oh, Margie, no… No pudiste… ¡No pudiste…!

Cerré los ojos. Caí junto a ella, de rodillas en la alfombra, apoyando mi cabeza en el lecho. Sollozando ahogadamente.

Como entonces, el roce helado de los dedos en mi nuca, me estremeció.

Como entonces, a la puerta de la cantina desierta, giré mi cabeza. Miré hacia arriba, con una mezcla de incredulidad y horror, de esperanza y angustia…

—¡Margie! —grité con voz rota—. ¡Margie!

—Sí, Peter —sonrió débil, muy débilmente—. Pude… Pude hacerlo… Ya lo ves que sí…

—Margie… ¡Te has salvado! —gemí—. *¡Vives!*

—Vivo… porque te oí desde un sitio perdido en la niebla —sonrió.

—Landsbury…

—Landsbury… —cerró los ojos con un suspiro—. Creí haberlo soñado… y fue cierto. Los dos nos encontramos allí…

—Sí. En el mundo de la Muerte. Por encima de Tiempo, Vida y Espacio. Por encima de todo, Margie. Pero tus heridas…

—Estuve entre la vida y la muerte durante horas. No hubo fractura de base de cráneo, como temían… Dicen que es… como un milagro…

—Un milagro… —cerré los ojos—. Si, yo sé de eso, Margie. Sé mucho de eso…

—Peter, parece todo tan fantástico, tan imposible…

—Algún día nos preguntaremos si hemos soñado —susurré, mirándola, oprimiendo su fría mano—. Pero sabremos que no. Que no fue un sueño. Que en algún lugar existe Landsbury…

—Sí, existe… —ella me miró largamente—. ¿Y… sabes una cosa, Peter? Antes…, antes de sentir que la niebla me engullía, llevándome lejos de aquellas casas y aquellas luces de gas, lejos de aquel suelo empedrado y aquella gente silenciosa… oí doblar de nuevo las campanas…

—¿Qué? —murmuré, estremeciéndome.

—Oí las campanas doblando a muerto… Y esta vez fueron tres los toques de difuntos… Por tres recién llegados a Landsbury…, a los que no llegué a ver…

Me estremecí. Tres extraños en Landsbury…

—Sí, Margie —dije roncamente—. Lo sabía. Sabía que sucedería así. Sabrás pronto quiénes eran ellos… y por qué llegaron a Landsbury antes del nuevo día… Lo sabrás, Margie…, porque ahora estamos juntos tú y yo. Y no voy a dejar que te marches de mi lado nunca. Nunca, ¿entiendes? Si la propia Muerte no pudo separamos…, ¿quién lo hará jamás, Margie?

Ella oprimía mi mano con fuerza. Y yo la suya. Nos miramos. Ella nada sabía, pero imaginaba tantas cosas…

Ella había vuelto también de la noche, de la niebla, de un lugar perdido en donde la nada se fundía con la oscuridad de lo eterno. De un mundo más allá del miedo y de la muerte.

Y cuando ella regresó a mí, las campanas doblaron en aquel lugar, en la vieja torre.

Tres veces tocaron a muerto.

Y ahora que era de día, el silencio eterno volvió a las tierras

donde una vez hubo un pueblecillo llamado Landsbury. Así sería durante el curso de los tiempos. Solamente cada medio siglo, por unas horas, la niebla dejaría emerger de su mundo fantástico el pueblo de los muertos…

Un pueblo al que ella y yo jamás volveríamos ya.

¿O tal vez sí?

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.